

JAVIER LARA

La balada del temor



La balada del temor

La balada del temor

Javier Lara

© José Javier Lara Hidalgo, 2022

ISBN: 9798849032092

Todos los derechos reservados.

Fotografía de la cubierta: João Cabral/Pexels.com

Corrección: Ana García de Polavieja

*A Javier, a Juan,
mis HIJOS.*

Índice

1. La fuga.....	11
2. Adelante	23
3. Hidrocidio	41
4. Lecciones	53
5. Una flor en el camino	67
Notas finales.....	79
Próxima novela.....	82
Sobre el autor	83

1. La fuga

Madrid, 29 de octubre de 1909

Esa sensación de nuevo: el temor. Creía ver barrotes en las ventanas, candados cerrados en cada puerta y cadenas que le impedían caminar. Sin embargo, también sentía un fuego interior que la empujaba hacia la luz. Al fin y al cabo, solo se trataba de su casa, el piso familiar en el que vivía. Pero la única opción que tenía Carmen para salir a solas sin llamar la atención llegaba durante la hora de la siesta. Solo le permitía ir a la calle por las mañanas acompañada de su madre. Quizá antes de la hora de comer también habría podido ir sola a la tienda de ultramarinos o al mercado, pero, más allá de eso, él, aquel que le recordaba a todas horas que era su padre, impedía que aquella jovencita de dieciséis años saliese y, mucho menos, que pasara por la calle a solas durante las cortas tardes otoñales. Pero el fuego nunca se apagaba del todo. En la sobremesa, su padre dormía en la butaca del comedor y su madre acompañaba a la abuela en su visita a la parroquia. El principal

problema lo constituía el lugar donde él daba cabezadas, había que pasar por allí para llegar a la puerta.

Notó el calor y tomó la determinación. No quiso dejarse llevar por el volumen de los ronquidos, ya que sabía que el sueño de su padre iba y venía indiscriminadamente. Se asomó desde el pasillo que daba acceso a las habitaciones. Observó con detenimiento a aquel hombre desaliñado, de ropa roída, desafeitado y de pelo gris que incluso en la distancia olía a vino y estiércol. El sopor después de la comida y toda una mañana trabajando en la carretería suponían ventajas para Carmen. Ella ya se había puesto el abrigo, un recurrente ejemplar de paño negro que se le había quedado corto, pero que seguía usando. Llevaba su sombrero verde en la mano y, en uno de los bolsillos, el monedero con el dinero que había ganado planchando las camisas del marido de la vecina del piso principal. En la otra mano portaba los gastados zapatos. Se los había quitado para hacer menos ruido al pisar el inestable suelo de loza.

«Contaré hasta diez y, si sigue dormido, cruzaré». En su horizonte estaba la puerta del recibidor y, algo más al fondo, la puerta de salida. Tenía que ser rápida, pero no solo para cruzar por delante de su padre. También debería llegar con agilidad a su destino y regresar en un santiamén. No tenía llaves, así que su única opción era dejar la puerta entreabierta y volver antes de que él se despertara o de que su madre volviera. También confiaba en que un golpe de aire no cerrara la puerta y le impidiera volver a entrar. Había calculado que la operación no le llevaría más de ocho minutos. «Tengo margen», se dijo.

Comenzó a contar: «Uno, dos, tres...», pero, al llegar a seis, aquel hombre cesó el ronquido, mostró una especie

de convulsión y se giró acomodándose en el asiento. «Acción abortada». Sin embargo, el ritmo de los ronquidos regresó de inmediato. «Tengo que aprovechar ahora que se ha dado la vuelta y está de espaldas». Carmen agarró el sombrero y los zapatos con fuerza y dio los pasos más silenciosos que pudo. Tras cuatro zancadas y un paso lateral para evitar una baldosa suelta, había cruzado. Los ronquidos continuaban. Ni siquiera se giró, aunque sí se detuvo con la mano en la manivela del cerrojo. Al girarlo, el artificio metálico chirrió levemente, pero no lo suficiente como para despertar a su padre. Tiró, dio dos pequeños pasos para salir al descansillo, empujó y dejó la pesada puerta entornada. Estaba fuera.

Al cruzar el portón y salir a la calle, el primer olor que advirtió fue de orín, aunque, al salir a la acera y situarse bajo el cielo a medio cubrir, el hálito de la tarde vino cargado de castañas asadas y fritura. Sonaba a voces de mozos y carros que avanzaban sobre la calle. La luz natural aún se incrustaba con fuerza en las fachadas de los edificios. Seguía nerviosa, pero su pecho parecía crecer. Cerró los ojos durante dos segundos, llenó todo lo que pudo los pulmones y comenzó a caminar. Cincuenta metros más adelante, el quiosquero advirtió su llegada y salió a recibirla con una sonrisa.

—¡Carmencita! Veo que has podido escaparte para venir a visitarnos. Además, te has puesto tu mejor sonrisa —le dijo aquel hombre bien vestido que ya peinaba canas y que era muy popular en el barrio por su capacidad para conseguir cualquier publicación que un cliente pidiera, incluso prensa extranjera. En aquel momento, arreglaba una tira de pliegos de cordel—. Estos pliegos son muy delic-

dos, enseguida vuelan y, como les caigan dos gotas, se esfuman; creo que ya solo los vendemos nosotros, pero es que es historia de nuestra lengua.

Carmen asintió sonriente mientras intentaba adivinar lo que decía uno de los grabados que colgaban de aquella tira sujeta por pinzas. Tenía un vetusto aire medieval.

—Creo que lo que tenemos dentro te interesa más. Ya me extrañaba que faltaras a la cita con tu revista favorita y más con la publicación de esta semana.

—¿Qué trae esta semana? No me digas que es de... —dejó Carmen su oración a medias.

—¡Sí! De tu tocaya y escritora preferida. ¡Doña Carmen de Burgos! Se ha atrevido a publicar el relato de su experiencia en la guerra de Melilla. Eso sí, debe ser bastante duro porque ya escribió en las crónicas que lo del Barranco del Lobo fue un rosario de muertos.

—¡Qué emoción! Pero seguro que le ha metido algo de amor. A ver... Si es que Doña Carmen es... ¡la mejor! Nunca una mujer había cubierto una guerra, yo creo que va a terminar haciendo historia.

—Algunas de sus novelas son incluso mejores que las de Baroja, y eso ya es decir. Los chavales terminarán estudiándola en el colegio.

—Don Bernabé, tengo que irme ya, ¿me pone un ejemplar? ¡Qué ganas de leerlo!

—Pasa por el otro lado, que mi hijo te lo da y te lo cobra. Yo tengo que salir a hacer una entrega. Así de paso habláis un poco.

Manuel, el hijo de Bernabé, tenía una personalidad muy diferente a la de su padre. Era bastante callado, aunque en ocasiones había mantenido extensas conversaciones con Carmen sobre literatura. Estaba ordenando el

tenderete de las últimas revistas en la parte frontal del quiosco.

—¡Prepárame esa misma que tienes en la mano! —le dijo Carmen.

Manuel se sorprendió, se giró y le extendió el brazo para ofrecerle el ejemplar de la revista *El cuento semanal*, que tenía en portada una fotografía de Colombine vestida con un velo árabe sobre el titular «En la guerra (Episodios de Melilla)».

—¡Toda tuya! —le dijo el joven quiosquero.

—¡Pero qué serio! ¿La has leído ya?

—He empezado.

—¿Y?

—No esperes un relato de guerra. Al menos desde el principio.

—¿Amor?

—Una señora casada con un militar jefe que conoce a otro más joven.

—¡Pero no me lo cuentes!

—Has preguntado tú. Son treinta céntimos.

Carmen abrió el monedero y le pagó con varias monedas. No necesitó cambio.

—Me voy, que tengo prisa y quiero ponerme a leer en seguida —se despidió Carmen ante aquel chico que solo cambió su semblante serio cuando la chica le dio la espalda para marcharse.

Cuando estaba emprendiendo su caminar de vuelta con la revista en la mano, Carmen se reencontró con Bernabé.

—Yo no he encontrado al destinatario de mi entrega, pero en tu caso sí veo que llevas el folletín. Chica, ten paciencia con mi Manuel, que, aunque no lo creas, te tiene

en muy alta estima, lo que pasa es que es un soso hasta que coge confianza.

—Ya, ya, no se preocupe, don Bernabé. ¡Buenas tardes!

Carmen se detuvo, giró la cabeza y sonrió al ver que Manuel atendía a un hombre que compraba el periódico. Le gustó ver sus ojos verdes brillando a lo lejos. Algo ruborizada, bajó la mirada hacia la revista para acelerar el paso. Entró en el portal del edificio en el que vivía dando varias zancadas, ya que quizá había perdido demasiado tiempo. Le gustaba hablar con el padre y el hijo del quiosco y, aunque había abreviado, quizá era más de lo que podía permitirse. Al pasar por el primer piso, se encontró con la vecina, a la que casi no saludó, obsesionada con regresar. La puerta de su casa seguía abierta, tal y como la había dejado, y eso le causó un grato alivio.

Intentando ser muy silenciosa, entró y cerró. Sin embargo, al asomarse al comedor, vio la butaca vacía. Su padre se había despertado. Carmen notó cómo se le aceleraba el corazón. Escuchó ruido en el aseo. Con la respiración agitada, se dirigió rápidamente hasta su habitación. Sin cerrar la puerta, porque lo tenía prohibido, sacó la caja que escondía debajo de la cama, donde acumulaba las revistas y los libros que sacaba de la biblioteca. Guardó allí el ejemplar que acababa de comprar para leerlo por la noche a la luz de una vela o, si no conseguía una vela, a la mañana siguiente cuando los primeros rayos de luz iluminaran la estancia. Justo cuando estaba devolviendo la caja a su lugar original, sintió un fuerte golpe en la nuca seguido de un tirón del pelo.

—¿Se puede saber dónde estabas? Así que aquí guardas las porquerías que le compras al quiosquero en lugar de estar guardando para tu ajuar.

—Padre, es solo lectura.

—¡Dame esa caja ahora mismo! —requirió a gritos.

—Pero, padre... —dijo Carmen, sabedora de que no podía oponerse. Cuando su padre exigía algo, había que complacerlo inmediatamente para evitar males mayores.

Cabizbaja, desde el suelo, cogió la caja abierta, de un tamaño algo mayor que una caja de zapatos. La niña tiró al suelo parte de su contenido porque estaba temblando, pero consiguió elevarla para entregársela a aquel hombre. Al mismo tiempo, con el corazón a mil, dos lágrimas brotaron de sus ojos y mojaron el papel de la revista que acababa de adquirir, todavía virgen de lectura.

—Y olvídate de tener más contacto con los quiosqueros. Para ti ya tengo yo algo mejor. Arréglate, en un rato vamos a tener visita. Ponte tu mejor vestido.

—Pero, padre, no... No quiero que me busque novio, eso ya lo haré yo cuando alguien me guste —dijo sollozando.

—Calla, que eso no lo decides tú. Viene Tomás, uno de los hermanos del dueño de la carretería. Vamos, que es lo mejor a lo que puedes aspirar gracias a tu padre, que es el único que mira bien por ti. Como siempre.

—Pero... ¡Si ese señor debe tener veinte años más que yo! ¿Y no se ha casado? Ni siquiera seré la primera opción.

—No. No se ha casado. Tú no te fijas demasiado en cómo es. Para estas cosas hay que fijarse en su cartera. En veinte minutos te quiero en el comedor arreglada, con buena cara. Sonríe y haz algo con esos pelos, ¡nada de lloriqueos! Esta caja repleta de papeles sucios va directa al fuego —dijo mientras recogía algunas revistas que se habían caído.

Aquel hombre, siempre con la palabra «padre» en la boca, pero con el que Carmen no sentía tener nada en común, se marchó de la habitación dejando a una niña sentada en el suelo. Se sintió más pequeña, dolida sin el mayor de sus tesoros, sin la única posibilidad de evasión que tenía en aquella casa sombría y recta donde más que un miembro de la familia se sentía como una sirvienta. Además, sabía que nadie le tendería una mano para levantarse. Ni su propia madre haría nada por consolarla, ni mucho menos iba a hacerle frente a su marido. También sabía lo que era pasar por el filtro de sus manos ásperas y gruesas.

Carmen permaneció varios minutos sentada en el suelo aún con el abrigo puesto y con la cabeza apoyada en el lateral de la cama. La casa se le venía encima. No tenía fuerza para recomponerse. Lo único que quería hacer era llorar, ocultarse bajo la cama y esperar que los días pasaran. Advirtió olor a quemado, olor a papel ardiendo que probablemente llegaba desde el hornillo de la cocina. Supo que lo estaba haciendo. Su padre no era de los que dudaban, la caja con sus páginas de lectura debía estar siendo devorada por las llamas. Adiós a Carmen de Burgos, adiós al *Guillermo el Apasionado* de Manuel Bueno; aquello incluso impediría que volviera a sacar libros de la biblioteca porque no podría devolver los del último préstamo si estaban ardiendo. Entonces sintió el otro fuego, la otra llama, las ascuas que todavía permanecían en su interior. Aquel aroma de derrota, junto a las lágrimas que empezaban a secarse, le dieron fortaleza. Pensó entonces en algunas de las historias que Bernabé le había contado. «Carmen de Burgos es ahora una heroína, pero tuvo que pasarlo mal. Estuvo casada con un hombre bastante oscuro, dejó su tierra, a su marido y su vida para venirse a Madrid sola con su hija, fue tachada de loca. Pero, mira, la vida hay que

verla en su conjunto, lo dejó todo y hoy destaca como escritora».

Cerró los ojos y sintió la luz con más fuerza, tanta que rompió las cadenas y notó la puerta más cerca y libre que nunca. Lo que hasta ese momento solo había sido una idea que flotaba a su alrededor pasó a un primer plano alimentada por la hoguera. Se arreglaría, conocería a aquel hombre, pero tenía que pensar algo para no casarse con él, dejar la casa de sus padres y aquella ciudad. Y entonces fue cuando se levantó y dejó de sentir aquellas frías baldosas bajo su cuerpo. Se secó las lágrimas, se soltó el pelo, sacó del armario el vestido azul de los domingos y llevó a cabo un protocolo lleno de automatismos para recibir a la visita mientras su mente urdía el plan contra los deseos de su padre: la fuga.

Yport (Francia), 12 de enero de 1919

A través de la rendija que dejaba la puerta, Carmen vislumbró los pies de la mecedora que oscilaba. Acababa de despertar y, todavía en la cama, notaba inquietud por un sueño olvidado de un plumazo. La realidad la golpeó con la dureza de un viejo recuerdo, de aquellos que escuecen. Tras aquella puerta, el vaivén de la mecedora le devolvió un olor: vino y estiércol. Momentos más tarde, llegó el dolor de una caja llena de libros y revistas esparcidas por el suelo de losa antes de convertirse en ceniza. Sintió una lágrima resbalarle quemándole la mejilla. Dolía solo pensarlo.

Se reincorporó y puso un pie en el suelo. Respiró. Su pie estaba sobre una superficie de madera. En el mismo momento, junto a ella, escuchó un sollozo. La lágrima dejó de quemar y sintió un repentino aire fresco. No estaba en la vieja casa de su familia, ni aquella era la mecedora de su padre.

El correo solo llegaba a Yport una vez a la semana, pero en invierno aquel pueblecito de la costa normanda perdía tanta población que ni siquiera salía rentable que el cartero los visitara con esa frecuencia. El primer envío del año llegó ya entrada la segunda quincena de enero. Manuel, con rostro de concentración, leía en la mecedora un periódico que había extraído del voluminoso paquete del correo. No advirtió que Carmen y el niño habían entrado en el comedor. Sin decir nada, ella miró por la ventana el inmutable acantilado, que parecía flotar sobre la furia del mar durante aquella mañana. Agua y cielo parecían fundirse en un mismo tono grisáceo mientras mecía en sus brazos al pequeño, evitando que interrumpiera la lectura de su padre. Del marco de la ventana colgaban unos pliegos de cordel con romances españoles.

—¿Tan interesantes son las noticias francesas? —preguntó Carmen.

—No os había oído. No son francesas, son españolas; algo atrasadas, pero se agradecen. ¡Ya han llegado los regalos de los Reyes Magos! Un poco tarde, pero aquí están —dijo Manuel señalando la caja, sonriente—. Creo que además mi padre ha ido a algo muy seguro contigo, algunos libros y... ¡Esto seguro que no te lo esperas!

Se levantó, se acercó a la caja que esperaba sobre la mesa y sacó un sobre del tamaño de un folio. Se lo entregó a su mujer.

—Es de hace unas semanas, pero no ha pasado mucho tiempo. Es casi un estreno teniendo en cuenta el lugar en el que vivimos. Mi padre se las sigue arreglando bien con los envíos internacionales.

Las manos de Carmen extrajeron de aquel sobre un ejemplar de la revista *La novela corta* con una gran fotografía de un rostro femenino de perfil en su portada. «La mejor film. Carmen de Burgos Colombine», decía el rótulo bajo la foto.

—Creo que es un relato sobre una compañía de actores del cinematógrafo, debe ser curiosa la forma de trabajar de esos artistas —apuntó Manuel que, mientras sostenía la revista, miró a su hijo, su hijo Bernabé.

Horas más tarde, mientras el bebé dormía la siesta y Manuel cocinaba, Carmen leía el relato de Colombine: «Algunos cómicos intentando hacer gracia con sus mimos, hombres haciéndose los héroes para rescatar a la amada... el cinematógrafo es un arte sin emoción y sin futuro, las mejores historias están en los libros y ni siquiera estos alcanzan la emoción de la vida real». Se detuvo a reflexionar sobre aquello. Volvió a la portada y miró el retrato de Colombine. Su mirada tenía una dureza de pasado superado y seguridad de afrontar con convicción cada nuevo día. En aquella mirada, creyó verse a sí misma. Sintió fuerza, pero también, por unos instantes, rememoró gestos de incompreensión, negativas a darle trabajo, decenas de trenes, noches buscando habitación en ciudades desconocidas, pero sobre todo el refugio de los brazos del niño serio y borde del quiosco capaz de avivar todo ese fuego que les hizo salir adelante.

Levantó los ojos de la revista y miró al bebé. Había girado la cabeza y creyó intuir en su rostro una expresión que le daba un aire a su padre y, al mismo tiempo, a su

abuelo Bernabé. Aquello agradó a Carmen al no ver en él rasgos de su estirpe. Sin embargo, también la entristeció. Sintió un revés de acero que le recordó que no tenía más familia que la que vivía en aquella casita de pescadores en un país que todavía se recuperaba de la Gran Guerra.

Quizá, algún día, ella también decidiera coger papel y tinta para contar una historia que ayudase a superar los miedos de alguna niña lectora.

2. Adelante

Humilladero (Málaga), 23 de septiembre de 1958

Todo lo que apreciaba y todo lo que temía estaba en aquellas tierras, pero las dejaba atrás. Aquella mañana, la brisa peinaba los olivos haciéndolos silbar. La bruma evidenciaba un amanecer difuso, como queriendo impedir la partida, generando un adiós sin despedidas, una invitación al arrepentimiento, a no hacer uso del billete de tren. Mateo caminaba sin mirar al frente. Tenía previsto regresar, pero algo en su interior le decía que podría estar pasando por última vez junto a aquellos campos a los que tantas horas había dedicado. Salió temprano de una casa con el techo desvencijado, llevaba una maleta de cartón y tenía dos horas de camino a pie por delante. Era solo el comienzo. Quizá aquella niebla que apenas le dejaba ver fuese un escudo protector de su tierra para que no pensara en lo que dejaba atrás. Quizá solo era una forma de empujarlo a un lugar mejor. Solo conocía un camino, el que seguía adelante, costase lo que costase, por muchas piedras que le

pusieran, pero solo mirando al frente se sobrevive en un mundo tan pobre, aunque eso suponga a veces agachar la cabeza. Y así salió de casa, dispuesto a dar un paso tras otro, a agacharse y a levantarse una y otra vez hasta que terminase el día.

Durante la tarde anterior se había acercado a la casa del patrón para informarle de su marcha. Necesitó tomar un trago en el bar para coger valor y tampoco así evitó los nervios y el titubeo al hablar, todo lo contrario que el mandamás.

—Si vienes otra vez a pedirme un adelanto, no te lo voy a dar —le dijo el terrateniente.

—No, no es eso, señor. Me he enterado de que estaban cogiendo a gente para la remolacha en Francia y me he apuntado. Salgo mañana en el tren —le respondió Mateo.

—¿Te vas? ¿Ahora que habrá trabajo todos los días? Haz lo que quieras, vete, pero no regreses para pedirme un jornal.

Esta vez decidió que no iba a agachar la cabeza como siempre, aunque le habría gustado ser más contundente al marcharse.

—Lo he decidido así, me voy —se despidió con voz baja.

Fue una de las pocas veces en las que había mirado a la misma altura al patrón, acostumbrado a llegar a lomos de su caballo a los terrenos. Al menos, Mateo esta vez se dio la vuelta y regresó con toda la firmeza que su castigado cuerpo le permitía mientras oía improperios a su espalda. Algo sí que consiguió, porque aquella noche otro de los jornaleros llegó a su casa mandado por el patrón para decirle que le subía el jornal a veinte pesetas. Era un logro,

pero Mateo le dijo que ya había tomado una decisión: se iría a Francia, ya tenía el billete del tren.

—Me ha dicho que te diga que, si te vas, no vuelvas a pedirle trabajo ni aunque tus niños se te estén muriendo de hambre. ¿Estás seguro de lo que haces? —le preguntó el otro jornalero.

—Ya nos estamos muriendo de hambre con lo que él nos paga.

Aquellas veinte pesetas seguían siendo insuficientes para dar de comer a su mujer y a sus tres hijos en una casa que se caía a pedazos. Si aquel año llovía mucho, no iban a poder seguir viviendo allí y se quedarían sin techo. Tenía que arriesgar y probar aquel trabajo nuevo por muy lejos que estuviera, por poca seguridad que le ofreciera trabajar en un país extranjero sin conocer el idioma. Ni siquiera sabía exactamente lo que cobraría al cambio, incluso había escuchado múltiples historias de la dureza del trabajo allí. Sabía de otros a los que les había ido bien el año anterior. Había quien tenía un familiar o algún conocido que regresaba con un buen dinero, y aquello era un clavo ardiendo al que agarrarse para creer firmemente en que había que ir.

Aún era noche cerrada cuando Mateo salió por la puerta. Carmen, su mujer, tampoco estaba ya en casa. Ella trabajaba desde aún más temprano y seguiría haciéndolo porque no sabían si lo que traería Mateo de Francia daría para pagar la cuenta de la tienda y el arreglo de la casa. Una mañana más, los niños se quedaban solos. Todos acostados en la misma habitación a cargo del mayor, que ya tenía ocho años.

Las calles del pueblo desprendían humedad. Con la maleta en la mano, tuvo que esquivar charcos y ponerse a caminar por el camino hasta la estación de trenes del pue-

blo vecino. No pensaba en él, sí en su responsabilidad: dejar a su mujer sola con los niños en aquella casa ruinosa era clavarse un puñal en el pecho. Todo parecía estar más nublado a cada paso, pero intentaba divisar la luz del regreso con el dinero que los sacara de aquella mala racha.

Con la estación de tren a la vista después de la caminata, se abrochó mejor la chaqueta y agarró la maleta con las dos manos. Se preparaba para enfrentarse a lo que para él era un mundo desconocido: dejar su tierra. Al entrar en la estación, se encontró con más actividad de la que esperaba. Era un trajinar incesante, un ir y venir de españoles, gentes de piel tostada y algunos extranjeros de ojos claros que conversaban en otros idiomas, fumaban, salían y entraban o se movían entre los andenes. Pasó por la entrada de la cantina, a la que miró de soslayo intentando identificar alguna cara conocida, pero había tal gentío en el interior y era tanto el humo que salía que no pudo distinguir ningún rostro. Preguntó a un agente por el tren de Francia, le indicó el andén y, tras hacerle un nudo más a la guita que rodeaba su maleta, se encaminó hacia la zona que le había señalado. Poco a poco, llegaron otros hombres que también se aferraban a sus maletas, y ya sí empezó a ver caras reconocibles de los pueblos de la zona. Con algunos incluso había coincidido trabajando en los cortijos o los había visto el día anterior en el reconocimiento.

Aquellos hombres tenían la mirada perdida, sus rostros ennegrecidos y arrugados habían adquirido una expresión infantil. Había algo de miedo y muchas preguntas sobre la experiencia que tenían por delante. Nadie sabía responder a las incógnitas del viaje, de ahí que se hubiese producido un incómodo silencio a la espera del anuncio para partir. Las instrucciones habían sido las mismas para

todos: en tren hasta Irún, allí los estarían esperando. Sabían la hora de salida, las 9:30 del veintitrés de septiembre, pero no la de llegada. No hubo más explicaciones de destino, alojamientos, compañeros, jefes ni horarios de trabajo.

Mateo solo había cogido dos veces el tren antes de aquel día; fue para ir y volver del servicio militar. Estuvo veintidós meses sin poder ir a su casa con el único contacto de unas cartas que, al principio, le escribían y le leían. Con el paso de las semanas, fue aprendiendo. El ansia de comunicarse con los suyos le hicieron adquirir los conocimientos para juntar algunas letras, leer y, finalmente, escribir. Pero, cuando entró en aquel vagón de asientos de madera, no recordaba que los trenes que cogió para ir a la mili hubiesen ido tan llenos. Todas las plazas estaban ocupadas, también había gente de pie en los pasillos o sentada sobre las maletas. Él quiso mantenerse junto a tres hombres que conocía y tenían el mismo destino. Se hicieron un hueco después de que algunos pasajeros se bajaran en la siguiente parada. Mateo colocó su maleta en el suelo y se sentó en el filo. Aunque la consistencia no era mucha, se acomodó como pudo y se preparó para pasar las horas.

El tiempo pasó despacio entre dolores de riñones, avisos de paradas y conversaciones intrascendentes, siempre buscando una mejor postura, tragando humo, sufriendo espasmos por la aparición del sueño. Cuando ya pensaba que no soportaba más aquella posición, después de que hubiese vuelto a amanecer, avanzado el nuevo día, vuelto a anochecer... una voz que no detectó de dónde provenía dijo que estaban entrando en Irún. Todo el mundo comenzó a levantarse, a agolparse poco a poco junto a las

puertas del vagón y, tras un par de minutos, el tren se detuvo en una estación donde estaba rotulado en varios carteles el nombre de la localidad fronteriza.

Mateo se mantuvo siempre con sus tres acompañantes: Pepe, Antonio Castro y Antonio, el Perla. Todos los pasajeros de aquel tren bajaron en Irún. De allí salió gente de todas las edades con maletas, algunos con grandes bultos a hombros e incluso mujeres con cestos en sus cabezas. Al pisar tierra firme, oyeron una voz que se elevaba sobre la gente, era un hombre de espalda ancha y recia voz subido sobre un banco.

—¡Los que van a la remolacha a Francia! ¡Los que vienen de Andalucía, que se vengan por aquí! —era el grito que repetía una y otra vez.

La escena estaba ocurriendo tal y como tres días antes se la habían explicado tras inscribirse para el trabajo: en Irún estarían esperándolos y hasta allí se acercaron. Tras aguardar un rato, se juntaron unas treinta personas. Aquel mismo hombre empezó a nombrar, uno por uno, a todos.

—Este es tu contrato, guárdalo y ponte este botón en el pecho para que se vea bien.

Mateo, como todos los demás, cogió la documentación y se colocó el botón en la solapa. El suyo era de color rojo, pero los había también verdes, azules y amarillos. Compartía color con el Perla, pero a Pepe y al otro Antonio les había tocado el azul.

—Los de color rojo se tienen que bajar en la estación de Orleans. El tren sale en una hora de este andén de al lado y sabréis que estáis allí porque parará a las siete y media de la tarde de mañana. Allí os estarán esperando y ya os llevarán al sitio de trabajo —dijo el hombre que les entregó los botones antes de volver a pasar lista.

Aquellos hombres andaluces se fueron reagrupando en función de los colores de sus minúsculos botones. No eran conscientes aún, pero en ellos recaía el futuro más próximo.

El tiempo parecía detenido. Volvían a estar esperando en una estación, aún más cansados y arrugados, doloridos, hablando entre ellos de sus muchas incógnitas y escasas respuestas. Los rojos eran siete de diferentes edades, pero ninguno con experiencia previa en aquellos viajes y, mucho menos, con conocimientos de francés.

Aquel tren que se anunció con destino a París llevaba menos pasajeros y pudieron dejar las maletas en el altillo y acomodarse en los asientos. Durante la noche, fue haciendo numerosas paradas. En varias de ellas se bajaron las cuadrillas hasta que quedaron solo los rojos. El tren no se detuvo a las siete y media, lo hizo pasadas las ocho. Allí se bajaron Mateo y sus seis compañeros.

La estación era enorme, mucho mayor que todas las anteriores. Ya había caído la noche, el ambiente olía a carbón y humo, gentes variopintas iban de un lado hacia otro, las conversaciones sonaban en un idioma que no conocían y aquellos siete hombres andaluces se bajaron con un botón rojo en la solapa, con su maleta y sus contratos en la mano, con dolor de cabeza, pero los ojos muy abiertos buscando algún lugar al que dirigirse. Miraban hacia todos lados, pero nadie parecía mirarlos a ellos. Aquellos hombres bajitos de pieles quemadas por el sol, despeinados y ojerosos tras un viaje largo e incómodo pasaban desapercibidos ante el gentío.

—Esta pareja tiene pinta de ser española. Creo que hablan como nosotros, vamos a preguntarles a ellos —dijo Mateo.

El grupo se dirigió a una pareja de mediana edad. Él vestía de traje gris con sombrero y ella un abrigo largo. En su rostro resaltaban unos labios muy rojos. Su primera reacción fue de temor cuando vieron acercarse a aquel grupo de hombres mal vestidos.

—Perdón, ¿son españoles? —preguntó Mateo.

—Sí, ¿qué quiere? —dijo el hombre de la pareja con gesto de desconfianza.

—Acabamos de bajarnos del tren, venimos a trabajar, pero no sabemos a dónde dirigirnos. Nos dijeron que nos estarían esperando aquí en la estación de Orleans, pero aquí no hay nadie.

—Me temo que se han equivocado, están en la estación de París —les contestó la mujer.

—¿París?

—Sí, se han debido bajar una parada más tarde. Esperen, hablaré con un agente. Quédense aquí, no se muevan. El ambiente durante estos días en París está algo agitado, falta estabilidad en el Gobierno.

—¿Esperamos entonces?

—Sí, no se muevan de aquí.

—Gracias.

La pareja se alejó unos metros a través del andén hasta detenerse delante de un trabajador de la estación, con quien conversaron. El agente se retiró de allí, cruzó las vías y entró en una de las dependencias. La pareja regresó y les explicó que en la estación ya sabían lo que les había pasado. Se había producido un adelanto en los horarios, irían a por ellos para indicarles el tren en el que tenían que subir para ir hasta Orleans.

Tras muchos minutos de tensa espera, un ordenanza de la estación se dirigió a ellos, aunque en francés.

—¿Orleans? —les preguntó.

—Nosotros —contestó Mateo con gesto de indiferencia por parte del trabajador de la estación, que empezó a hablarles en francés sin que ninguno de ellos entendiera nada. Empezó a gritarles y a hacerles gestos con las manos, pero ninguno de los siete sabía lo que tenía que hacer.

—¡Tranquilos! ¡Tranquilos! —Una voz femenina que hablaba español se oyó a lo lejos.

Una mujer mayor de cabello rubio con un gran bolso llegó hasta donde estaban y dirigió unas palabras al operario, que terminó marchándose.

—Venid conmigo, que voy a coger el tren en el que os tenéis que subir.

Los acompañó hasta el andén. Una vez allí, habló con otro agente de la estación que revisaba los vagones y con el que parecía tener una relación cordial.

—¡Entonces, españoles! Yo soy Milagros, una compatriota. Así que os habéis saltado la estación... No os preocupéis, que es muy habitual. Venga, subid y volvemos hacia atrás. En una hora estaremos en Orleans.

Los andaluces se acomodaron en el vagón con el susto en el cuerpo por haber estado cerca de quedarse tirados en un París en días convulsos y preocupados por si aún estuviesen esperándolos en Orleans con un retraso de varias horas.

Al bajar en la estación correcta, encontraron a un hombre de avanzada edad que los recibió hablando un español muy básico. Se dividieron en dos grupos. El de Mateo, con cuatro componentes en total, incluyendo al Perla, salió en un carro conducido por el señor mayor. Empezaron un viaje de varias horas por carreteras de adoquines y barro hasta llegar a la finca donde trabajarían durante las semanas siguientes. En aquel trayecto se presentaron y conocieron a sus dos compañeros: Marcos, el Negro, cuyo

color de piel hablaba de su apodo, y Pepe Espada, hombre que apuntaba ya a anciano por sus arrugas y pelo entrado en canas.

Llegaron a su destino de madrugada. Solo el ladrido de los perros rompía el silencio de la noche rural francesa. El chófer les indicó el lugar en el que dormirían. También les comunicó que los despertarían a las seis de la mañana, aunque no quedaba mucho para esa hora. Poco pudieron ver al llegar en aquel mar de oscuridad.

Amaneció y creyeron estar en el infierno. Se vieron en una habitación con apariencia de establo, de paredes llenas de humedad, con paja en una esquina, con un techo de cañas que daba poca confianza de estabilidad. En la habitación de al lado se sorprendieron ante los rebuznos de un burro. Estaban donde las bestias. Sin embargo, al salir se encontraron frente a una construcción a la que habrían llamado palacio, nada que ver con los cortijos andaluces. Había sido levantada con sólidos muros de grandes ladrillos, con dos torreones que imperaban sobre los terrenos de cultivo. A aquellas tierras de lomas suaves y redondeadas no se les veía el fin. En ellas tendrían que emplearse. Aunque acababa de entrar el otoño, hacía mucho frío. La temperatura mínima de la mañana se acumuló con la sensación de humedad que habían notado durante toda la noche. Tenían los huesos calados y, aunque buscaron ropa de abrigo, la sensación desagradable no desapareció en todos los días que pasaron allí.

Después de desayunar café hervido y un pedazo de pan duro, cada uno recibió una hoz con la que tendrían que desmochar la remolacha. En ese momento, llegó otro grupo de cuatro personas de apariencia magrebí. Todos empezaron a danzar por aquellos campos interminables.

Era el primer día, pero nada cambió en las jornadas sucesivas. Pasaba el tiempo en una marcha que en ocasiones se hacía patinaje por los resbalones en el terreno helado y otras un transitar lento y cansino al hundirse las botas por el barro. Bajo una estructura tirada por bueyes, unos ganchos metálicos sacaban las remolachas que los jornaleros tenían que ir cogiendo para quitar las hojas secas con la ayuda de la hoz. La operación era así cada hora, cada día: hacían un trozo y tenían que cargar las remolachas en un remolque tirado por burros. Los días se hacían eternos en aquellos campos donde no había reloj, solo frío, hambre, cansancio y miradas que maldecían la hora en que decidieron ir a Francia. Pese a la lluvia, el frío y más tarde la nieve, intentaban trabajar lo más temprano posible, ya que no querían alargar mucho aquel suplicio. Cobrarían por producción, por lo que les interesaba ir rápido y parar lo menos posible. Las jornadas se iniciaban a las seis de la mañana y se alargaban mientras había luz, pero también se toparon con que sus cuerpos no eran de hierro.

Al caer la noche, los cuatro andaluces se refugiaban en torno a una hoguera que hacían en la puerta de la cabaña. Apenas hablaban durante el día, pero tras trabajar se reclinaban entre las cuatro paredes de la choza con el único equipamiento para pasar la noche de camas de paja y una letrina. Pronto buscaban el calor. Era allí donde intercambiaban sus impresiones. En el fuego cocinaban lo poco que tenían, siempre guiso de patatas. Antes de partir, les habían aconsejado que no comprasen mucho en las tiendas de la zona porque los precios de Francia eran muy caros. Con mantas roídas por encima, se agrupaban en torno a la candela sosteniendo cuencos de barro con un caldo insulso pero caliente. Las grietas y callos de las manos eran cada vez mayores, el frío y la tierra les había hecho perder

las uñas, y los dedos llegaban a última hora del día en carne viva. Les dolía la espalda, las piernas quemaban, los huesos crujían y estaban en un frío permanente que el fuego aliviaba, pero no hacía desaparecer.

—¿Dónde os gustaría estar ahora? —preguntó el Negro mientras se refugiaba bajo la manta.

—Yo, aunque mi casa se esté cayendo a pedazos, en la mesa camilla con mi familia y comiendo la olla de mi mujer —contestó Mateo.

—No os quejéis tanto, que aquí estamos mal, pero en los cortijos de nuestros pueblos tampoco es que se esté mucho mejor para ganar cuatro perras —dijo Pepe Espada.

—¿Y cuánto nos van a dar aquí? —preguntó Mateo.

Se miraron entre ellos, pero ninguno contestó. Se habían ido a la aventura, por la desesperación de echar una temporada ganando algo más que en sus pueblos, pero sin saber exactamente cuánto. Su realidad ahora era la de vivir como perros, sufriendo penurias a cientos de kilómetros de sus familias.

De nuevo, a la mañana siguiente, un capataz les gritaba en francés. Tenían que cargar las remolachas para no tener los remolques mucho tiempo parados, no había descanso. A media mañana solía llegar el dueño en un coche gris, se bajaba del vehículo trajeado y altivo, hablaba con el capataz y, minutos después, se marchaba. Los días pasaban y nadie les pagaba, ni siquiera sabían lo que cobrarían. Cuando salieron de Málaga, el hombre que los contrató les aseguró que los franceses eran muy serios para el dinero y que les pagarían bastante bien al terminar el trabajo.

Pero el tiempo pasaba, y el trabajo castigador, la mala alimentación y el escaso descanso hacían mella. A Pepe

Espada, ya con más de sesenta años, aquel ritmo le estaba castigando en exceso

—Quédate en la cama, nosotros te cubrimos —le dijo Mateo mientras veía a su compañero incapaz de levantarse de la cama. Tenía la cara blanca y se dolía del lumbago y de los riñones.

Sin embargo, aquel hombre curtido en las vegas andaluzas se levantó y empezó a dar algunos pasos agazapado mientras apretaba el rostro en señal de dolor. Soltó un grito y volvió a salir al mismo infierno para trabajar una jornada más. No podían bajar el ritmo, tenían que salir pronto de allí, seguían congelados y hambrientos, con miedo a que no les pagaran y sin poder explicarse ante el patrón por desconocer el idioma.

Otro día, al atardecer, vieron pasar a otra cuadrilla de jornaleros por el camino junto al que todavía trabajaban.

—Nos estamos dejando la vida y encima hay un capataz que pega con la vara. Mira cómo le han dejado la frente a este —dijo uno de ellos señalando a uno de sus acompañantes, que tenía la frente vendada y con restos de sangre.

Eran extremeños que habían desertado de su labor en unas tierras de la zona, aunque el señor francés para el que trabajaban les había pagado la parte proporcional, lo que hizo que a Mateo y compañía se les pasara por la cabeza hacer lo mismo.

—¡En mi vida he dejado un trabajo a medias! A nosotros nadie nos ha hecho nada. Hasta que no cumplamos, no se va nadie de aquí.

Tras treinta y tres días de trabajo de sol a sol, sopor-tando tormentas y heladas, llegó el final. Habían terminado la recogida de la remolacha en aquella finca perdida en mitad de Francia.

El último día se marcharon a descansar, como siempre. Lo hicieron satisfechos por la llegada del final, pero con dudas, con muchas dudas. A la mañana siguiente, llegó el patrón a la choza en la que vivían los jornaleros, abrió delante de ellos un maletín y, con el capataz por delante respondiendo a las preguntas del terrateniente, fue repartiendo unos recibos que los trabajadores firmaron. A continuación, sacó un sobre bien mullido que contenía dinero y, mientras decía algo en francés, empezó a repartir los billetes entre el personal. Aquel hombre trajeado, sin quitarse los guantes, les dio un apretón de manos y les dijo algo que entendieron como una despedida.

Los cuatro españoles recogieron sus pocas pertenencias y se subieron en el mismo carro en el que habían viajado a la ida, preparado para hacerlos regresar a la estación de tren de Orleans.

—Pues yo creo que nos ha dicho que hemos hecho un buen trabajo y que hasta el año que viene. ¡Eso es lo que se cree este! Me marchó y creo que no me van a ver nunca más por estas tierras —dijo el Perla.

—Encima nos tenemos que volver a España con unos billetes muy grandes, pero que no sabemos lo que valen. ¿Y si nos han pagado menos de lo que nos corresponde? ¿Y si estos billetes ni siquiera son de verdad y casi nos matamos sin ganar nada? —se preguntó Pepe Espada.

—Cuando crucemos la frontera, cambiamos a pesetas y vemos lo que nos han dado —propuso Mateo ante el asentimiento de sus compañeros.

Deseosos de conocer la cuantía del dinero que llevaban encima, en la estación de Hendaya apreciaron que había un puesto que anunciaba con un gran cartel en español un servicio de cambio de moneda. Juntaron el dinero de

todos y fue Mateo quien entregó aquellos billetes franceses. El dependiente del puesto de cambio se los llevó, entró en otra habitación y regresó con un sobre en la mano que entregó a Mateo tras hacerle firmar un resguardo. Mateo agarró con fuerza el sobre y lo abrió mientras todos sus compañeros se reagruparon en torno a él. La primera sorpresa fue tener por primera vez en sus manos un billete de mil pesetas, pero no era solo uno, el sobre abultaba bastante. Eran billetes muy nuevos, con los bustos de los Reyes Católicos. Sin salir de la oficina, Mateo empezó a contar, primero en voz baja, pero poco a poco fueron elevando el tono de voz. Cuando la cuenta superó la veintena, empezaron a mirarse entre ellos, pero, a partir del billete número treinta, cada número era una carcajada. La cuenta se paró en el redondo número de cincuenta billetes de mil, habían ganado en treinta y tres días de trabajo 12 500 pesetas cada uno. Hicieron la cuenta mentalmente y después la escribieron a lápiz porque no se lo creían. Era lo que habrían conseguido en cualquier cortijo andaluz en dos años. En aquel momento rieron mucho, pero también hubo lágrimas.

Mateo, tras acordarlo con sus compañeros, se guardó el sobre bajo la camisa, se dirigieron hasta la posada del pueblo y, una vez en la habitación, se repartieron el dinero. Pidieron hilo y aguja a la posadera y se cosieron unos bolsillos en el interior del pantalón donde cada uno guardó su dinero. Aquella noche comieron todo lo que no pudieron comer durante sus días en Francia, durmieron en una cama digna y a la mañana siguiente compraron regalos para sus mujeres e hijos. Seguían sin uñas, con manos y rostros agrietados, con vértebras doloridas, pero olvidaron de un

golpe las penurias y se hicieron con una botella de aguardiente para alegrarse el camino. Puede que el dolor siguiera en sus huesos, pero no en sus almas.

El viaje de vuelta volvió a durar cerca de tres días, pero esta vez ya no había miedo. Los chistes fluyeron entre trago y trago con momentos en los que durmieron y soñaron con escenas en las que se vieron corriendo por los campos del interior andaluz después de recoger a sus hijos de la escuela, vestidos con ropa nueva y buenos zapatos; volviendo a una casa nueva bien amueblada donde no faltaban ni la comida ni el fuego. Regresaron a sus pueblos con la tranquilidad de tener los próximos meses de comida y casa asegurados para sus familias, aunque hubiesen aguantado condiciones tan mundanas. De hecho, varios de ellos se hicieron habituales en las campañas del campo francés.

Un avión sobre el Atlántico, 2015

Una turbulencia silenció la conversación durante unos segundos, pero pronto retomaron la singular conexión que los llevó a conversar de forma animada.

—Pues esa es la historia. Con el dinero que mi abuelo ganó ese año, arreglaron el tejado de la casa, pudieron pagar la deuda que tenían en la tienda de ultramarinos y echar el año, pero con lo que trajo en los doce años siguientes pudieron hacerla más grande, tener coche, dar de comer a toda la familia, ayudar a todos los hijos a hacer casas en el pueblo, e incluso ha servido en parte para que yo pueda

estudiar una carrera, y eso que dejaron de ir a Francia porque el campo empezó a mecanizarse, pero pudieron guardar algo de dinero. Eso le pasó a mi familia y también a otras. Muchas salieron durante años dejando el pueblo casi vacío, pero después volvieron y todo se llenó de alegría — contó un joven llamado Mateo Ruiz a su acompañante en un asiento de avión.

—Entonces en el pueblo debéis vivir bien, ¿a qué vas entonces a Canadá? —preguntó aquella mujer de mediana edad y acento inglés con la que conversaba desde que habían despegado a pesar de que no se conocían de nada.

—Si es que... No sé cómo lo hacemos en España, pero voy a buscarme la vida como lo hizo mi abuelo porque no encuentro trabajo. A diferencia de él, yo he podido estudiar, pero ni en el pueblo ni en las ciudades de alrededor he encontrado a nadie que me contrate, así que me voy buscando unos ingresos y una experiencia con la que volver a España algún día.

—Pero, si hay gente formada y la vida ha mejorado en los pueblos, ¿no hay empresas y sitios en los que trabajar?

—Empresas hay pocas, las empresas son más bien familiares. Para entrar en ellas hace falta conocer a alguien o ser familia para que te coloquen. Aquello todavía sigue dependiendo del campo, que cada vez da menos trabajo, pero además los terratenientes no han desaparecido: pagan miserias y cada vez las temporadas duran menos.

—Vaya, la vida evoluciona y progresa, pero hay lugares y personas que no cambian.

—El hombre tropieza con la misma piedra una y otra vez.

—¿Y tu abuelo? ¿Falleció?

—¡Qué va! A su edad está hecho un chaval. No sé cómo lo hace, pero se da algún que otro paseo por el pueblo y se junta en la plaza para hablar con los amigos. Desde que se jubiló, ha encontrado la vida cómoda que nunca tuvo. Él ha sido quien más me ha animado a salir. Me dijo que no lo pensara, que adelante. Incluso antes de salir me dio algo de dinero.

—¡Qué curioso!

—Realmente no es consciente de que mi marcha no será de treinta y tres días como la suya, porque yo sí sé que acabo de salir de España, pero no tengo ni idea del tiempo que estaré fuera, ni siquiera si volveré.

—En fin. Adelante y mucha suerte.

3. Hidrocidio

Peñarrubia (Málaga), 19 de abril de 1972

Se cerró. La puerta de la casa se cerró por última vez en la mañana de aquella primavera otoñada. Había trinar de pájaros y aires de funeral. Rafael dio un tirón a la puerta y echó la llave del candado, todavía no se creía que iba a ser para siempre. Quizá no tendría que haber cerrado. En el interior no quedaba nada tras varios meses preparando el traslado ante la inminente demolición de su casa y de todo el pueblo. Habían vendido las gallinas y los conejos que tenían en el pequeño corral del patio, empaquetado todos los objetos y trasladado los muebles. El pueblo iba a ser inundado en breve. La familia estaba ya metida en el coche que le había prestado un primo, pero él se retrasó unos instantes. Encendió un cigarro y miró la fachada. Observó cada ventana, cada teja medio caída, cada desconchón, todas sus alegrías y todos sus miedos. Se fijó en el cielo que veía cada mañana, pero no lloró. Arrojó al suelo la colilla

y la pisó con fuerza, apretando la suela sobre un terreno que pronto sería lodo. Se montó en el coche, anunció a sus padres y a sus hermanos que se iban y arrancó. Salieron haciendo un último recorrido por la calle Real. Lo desierto que estaba todo los dejó sin palabras. Peñarrubia se despedía con nubes grises que rasgaban la cima de la sierra e iban avanzando y cayendo por el tajo hacia el río Guadalteba. Casi todo fue silencio en el trayecto que los llevaría hasta una barriada en las afueras de Málaga.

Por el camino pudo pensar en los días tras un balón en el llano, en los retos de fuerza con los otros chavales, en los chapuzones en el río o en los días de fiesta, pero Rafael se iba con muy mal sabor de boca y se seguía lamentando por lo más reciente. Los últimos meses se hicieron largos. La mayoría se marchó durante el invierno y el principio de la primavera: Málaga, Campillos, Teba, Cataluña, País Vasco, Francia... Eligieron destino y nueva vida. Mientras eso ocurría, en el pueblo las máquinas avanzaban cada vez más. Ya habían empezado a derruir algunas casas y el nivel del agua subía, aunque todavía no había llegado al casco urbano.

Rafael, con toda la vida por delante, tomó la marcha renegado, con la decepción de ir a un lugar desconocido. En aquellas calles, en aquellos campos, había residido toda su vida. De hecho, había dejado amigos por el camino, amigos que ya vivían en otras tierras. Allí había dado sus primeros pasos, aprendido a montar en bicicleta, hecho su primera comunión o dado su primer beso. Pudo pensar en todo aquello, pero seguía esperando noticias de ella, de Maribel, su Maribel. Había partido antes que la mayoría, en el mes de septiembre. Solo habían pasado unos meses, pero el paso del tiempo ya empezaba a difuminar su rostro. La dirección de Barcelona que le había dado a su ida seguía

grabada en su memoria. Escribió la primera semana, la segunda, la tercera y algunas más, pero todavía no había recibido respuesta. Pensó que habría estado muy ocupada, o que la dirección era errónea, o que, simplemente, quería olvidarse de él, aunque se resistía con toda su alma a pensarlo. Solo quería olvidar ya el pueblo, rehacer su vida, ganar algo de dinero y plantarse como fuese en Barcelona para reencontrarse con ella.

Llegaron a Santa Rosalía. Sabía que en aquellas calles coincidirían muchas de las familias del pueblo, pero ya no sería lo mismo. Se terminaron de instalar aquella mañana en la nueva, reluciente, pero vacía casa. Lo primero que hizo fue dirigirse hasta su habitación y escribir. Pese a que no había ido muy asiduamente al colegio, había desarrollado su caligrafía, especialmente recordada con la práctica de los últimos meses. Tampoco esta vez le sirvió de nada.

Cuando llegó a su nuevo barrio, Rafael tenía ya el trabajo apalabrado. Apenas pasaron unos días cuando metió el uniforme y el bocadillo en un macuto, se subió a la bicicleta y pedaleó hasta una industria cárnica cercana. Sus compañeros en aquellos comienzos apenas intercambiaron conversaciones con él, aunque siempre saludaba al llegar y al marcharse. Se colocaba en su lugar en la sala de despiece con el uniforme y el delantal y realizaba el trabajo con eficacia, serio y sereno, como pensando en otra cosa, pero sin que le temblara el pulso. Le tocara el turno de día o de noche, siempre era puntual, siempre en bicicleta. Si había que doblar turno, siempre se ofrecía. Así pasaron las primeras semanas que le sirvieron para ahorrar.

En el momento en que pudo tener unos días libres, se montó en el expreso de Barcelona y, tras casi veinticuatro horas de viaje, se bajó en la ciudad condal. Sin idea de hacia

dónde dirigirse, se montó en un taxi y entregó al conductor la dirección de Maribel.

—Chiquillo, pero si esta dirección que me das es de dos calles más abajo, aquí mismo en Sants. Será mejor que vayas andando.

Y, sin mayores rodeos, allí se presentó, en la dirección a la que tantas cartas habían llegado, en aquel barrio de apariencia obrera en el que crecían grandes bloques de pisos. Llegó a una zona algo más aislada con casas de tres plantas y apariencia de abandono. Gritó el nombre de Maribel desde la calle sin recibir respuesta; golpeó la puerta que daba a la calle, pero nadie abrió. Forzó la cerradura, subió y llamó al timbre del primer piso, donde debía vivir ella. Golpeó la puerta, esperó, se sentó junto a la entrada, volvió a pegar, llamó a los otros dos pisos del edificio, pero no se abrió ninguna puerta.

Rafael volvía a apretar el talón sobre el suelo para apagar una colilla. Reclinado sobre el número veinticuatro de la calle de Villamarí, se sintió ridículo. Antes tenía un recuerdo y una dirección, pero ahora solo tenía un piso vacío en un edificio que parecía deshabitado. Se marchó. Volvió por la noche, al día siguiente, preguntó a vecinos, a las gentes del barrio, pero nadie sabía nada de Maribel Guerrero y de sus padres. Solo indagó que pronto aquellos edificios serían demolidos para construir nuevas edificaciones. Intentó recordar cualquier detalle que le aferrara a posibles pistas. La madre de Maribel era hija única, su padre solo tenía un hermano vivo que había emigrado a Francia. Volvió a la estación a montar en el tren. Al comprar el billete, le hablaron de un nuevo servicio de literas en el expreso. Lo adquirió, pero no pegó ojo y vio pasar un día entero a través de la cortinilla de la ventana del tren.

Volvió a Málaga, preguntó a otros vecinos peñarrubios, pero nadie sabía nada, incluso pudo escribir cartas a otros antiguos habitantes de Peñarrubia en la provincia de Barcelona, pero las respuestas que recibió fueron todas negativas.

Era verano, hacía una mañana calurosa de terral en Málaga, y Rafael pedaleaba hacia el trabajo. Seguía sin pensar en otra cosa, su mente proyectaba imágenes. Maribel y Rafael eran dos chavales del pueblo, conocidos de toda la vida. Pese a que vivían en calles alejadas, se cruzaban mucho. Lo hacían de camino a misa, hacia la tienda, en los paseos del domingo o en los días de feria y procesión. En aquel año previo al desalojo, ella tenía dieciséis años, Rafael, diecinueve, y en la verbena de la feria ella no le concedió el baile. Días después, él le dejó una carta en la puerta de su casa. Sabía a qué hora salía cada mañana y supo el momento en el que hacerlo para que ella, solo ella, la encontrara. La citó ese mismo día por la tarde en un paraje a las afueras de Peñarrubia, junto al río.

Rafael la esperó a la hora fijada, a las ocho y media de la tarde. Era una templada tarde de verano. Bajo la sombra de un olmo, oyendo el transitar del caudal del río, que en esa época del año era escaso, aguardó nervioso. Llevaba unos minutos esperando cuando vio a Maribel bajar por la vereda. Su vestido blanco se agitaba al mismo ritmo que su melena negra. Rafael creyó ver allí más que a una chica, más que a una mujer, en aquel caminar estaba el centro de su vida, el foco de sus sueños por cumplir.

Cuando llegó Maribel, le enseñó a su pretendiente la carta que encontró en la puerta de su casa por la mañana:

—¿Me has escrito tú esto? —preguntó.

—Sí, he sido yo. ¿No te ha gustado?

—Sí... Muy bonito. Me ha gustado mucho, pero no sé si lo que me pides podrá ser, ya sabes que pronto me voy del pueblo, como tú también, como todos.

—Lo sé, pero me gustas y te seguiré adonde haga falta.

—Pero los dos dependemos de nuestras familias y va a ser muy difícil.

—¿Pero yo te gusto a ti?

—Tú... A veces pienso que sí, otras que no.

—¿Y por qué no quisiste bailar conmigo en la ver-bena?

—Todos nos iban a mirar y a decir que éramos novios.

—Pero te gusto —concluyó él.

Ella no siguió hablando.

Rafael miró a los ojos a Maribel con intención de besarla. Ella dio un ligero paso atrás, corto pero suficiente para que él no le alcanzara los labios, aunque sí pudieron notar sus alientos cargados de nerviosismo.

En aquella tarde de cielo azul que enrojecía, también lo hicieron las mejillas de Maribel, que miró al frente, en dirección a la sierra de Peñarrubia, por la que volaban varios pájaros

—¿Qué pájaros son? —preguntó Maribel.

—Están lejos, pero parecen grajillas. ¿Es que te gustan las aves?

—Me gustaría volar como ellas.

—Yo ya estoy volando.

Y allí, bajo aquel árbol centenario, mientras ella apoyaba su espalda en el tronco y ambos cerraban los ojos, se dieron su primer beso, algo que se repetiría cada tarde durante varias semanas en aquel paraje junto al río.

Rafael apretó en cada pedalada con toda su fuerza mientras el sudor bañaba su frente y sus mejillas. Cerraba

los ojos y creía ver la figura de Maribel con su vestido blanco al fondo de aquella carretera del demonio, pero, cuando volvía a la realidad del camino, no había nada. Y así ocurrió cada día hasta que el tiempo fue aumentando los huecos vacíos en su memoria.

Embalse de Guadalteba (Málaga), 2012

A orillas del pantano, Rafael reconoció el horizonte y algunos de los aromas de su infancia. Volvía a ser primavera y las aguas del embalse del Guadalteba se mostraban azules y estaban al máximo de su nivel. Sobre las leves ondas que provocaba el viento, se reflejaba el cielo azul, los tajos de las sierras del entorno y aquellas mismas grajillas que vio en sus encuentros con la niña de ojos negros y melena infinita. Nunca la encontró. Él rehízo su vida. Se casó y al tiempo enviudó. Ahora, a sus cincuenta y nueve años, todavía pensaba en ella, ya no como la mujer que quiso conquistar y con la que se hubiese casado, pero sí como una persona muy importante en su vida que desapareció y que le debía una explicación.

Un año atrás, durante la Semana Santa de Málaga, creyó ver a una niña idéntica a ella. Precisamente estaba viendo pasar el Martes Santo a la Virgen de Nueva Esperanza, una dolorosa cuya talla es la antigua Virgen de los Dolores de la Iglesia de Peñarrubia. Mientras veía pasar la procesión, justo en la acera de enfrente, divisó una mirada conocida. Aquel gesto hizo gritar a todos sus sentidos, devolviéndole de un plumazo las facciones de Maribel que el tiempo le había arrebatado. Iba acompañada por una mujer adulta con la que guardaba un gran parecido. La niña

cogía de la mano a la mujer mientras esta lloraba y se secaba las lágrimas con un pañuelo. Dudó qué hacer. Con todo el desfile procesional entre ambos, tardó en reaccionar, pero, cuando quiso cruzar, ya no estaban. Al pasar al otro lado de la calle, giraron la esquina, marcharon junto a la procesión en dirección a la Alameda principal. Siguió tras ellas a unos treinta metros de distancia, gritó, pero entre la multitud no lo escucharon. Estuvo viéndolas hasta llegar a un cruce, se entrometieron entre mucha gente, doblaron hacia otra calle y, cuando consiguió llegar allí, entre empujones, las perdió. Siguió a la procesión durante el resto del recorrido y hasta su encierro, pero no volvió a verlas.

Había pasado ya algo más de un año de aquello, no estaba completamente seguro, pero casi podía garantizar que aquella mujer que lloraba era Maribel, acompañada de su hija. Le hubiese hecho mucha ilusión haber podido hablar con ella.

Ahora, como casi todos los meses, Rafael dedicaba una mañana de sábado a ir a su antigua Peñarrubia natal. Allí no quedaba ya nada de su pueblo. Tan solo el antiguo puente sobre el río que se dejaba ver cuando el pantano tenía poca agua. Adentrándose en el camino, aún estaba la entrada del cuartel de la Guardia Civil. La iglesia quedó en pie durante unos años, pero el desgaste del tiempo hizo que se cayera y que su campanario fuese derruido. Era precisamente la misma iglesia donde en su día estuvo esa virgen que ahora procesionaba en la Semana Santa malagueña.

Le dolía la espalda, ya no fumaba, pero antes de subir al coche hizo un gesto involuntario de apretar fuerte el pie sobre la tierra, aquella tierra que reconocía como la suya.

A la vuelta hasta Santa Rosalía, Rafael visitó la parroquia del barrio. Allí se encontraba la talla del Cristo y de una Virgen del Rosario que en su día estuvieron en las capillas de la Iglesia de Peñarrubia. Cuando entró en el pequeño templo, encontró a una mujer arrodillada frente a la imagen mariana del Rosario. Vestía de negro, su pelo era del mismo color. Rafael entró, dio las buenas tardes y encendió una vela a la Virgen. Justo tras encenderla, al girarse, se topó con el rostro de la mujer, quien volvió a despertar todos sus recuerdos: era Maribel.

Ella parecía no haberlo reconocido, pero Rafael no tuvo duda. La esperó a la salida de la iglesia, un edificio relativamente reciente, de la misma época del traslado de los vecinos. Sentado en la terraza del centro social frente a la parroquia, Rafael esperó a la salida de aquella mujer. Cuando llegó frente a él, se detuvo y se quedó mirándolo.

—¿Eres Maribel?

—Sí, ¿me conoces?

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó casi susurrando a aquella mujer que parecía ahondar en su pensamiento.

—¿Rafael?

—Sí.

—¡Rafael! Ha pasado mucho tiempo. Mira que he pensado en ti. He creído reconocerte por los ojos azules cuando has entrado en la iglesia, pero estás muy cambiado.

—Si es que han pasado muchos años.

—¡Y tantas cosas! ¿Qué ha sido de tu vida?

—Aquí sigo, vivo desde... desde que dejamos el pueblo, aquí en Santa Rosalía. ¿Y tú? ¿Adónde fuiste? Te escribí mucho.

—Es todo muy largo de contar, mi familia tuvo muchos problemas cuando se fue de Peñarrubia.

—¿Tienes tiempo? ¿Te apetece tomar algo y hablar?

—Sí, bueno, creo que sí. Mis hijas me han dejado aquí unas horas y tengo tiempo hasta que vuelvan. Pero prefiero pasear.

—Me encantaría.

Rafael llevó a Maribel hasta un parque cercano. Caminaron con tranquilidad y hablaron. Ella expuso algunos de los detalles de su vida tras su marcha del pueblo con voz entrecortada, haciendo pausas, emocionándose a veces.

Parte de su familia se trasladó en un camión donde pudieron llevar equipaje y muebles. Por otro lado, Maribel y su madre llegaron en tren a la ciudad condal. Para las dos fue la primera vez que salían del pueblo al que no regresarían más. Madre e hija pusieron el pie en la urbe. Se vieron solas, rodeadas por desconocidos y, cuando salieron a aquellas calles enormes y atestadas, la madre de Maribel tuvo una crisis de ansiedad. Agobiada y echando de menos el pueblo, mostraba dolencias que nunca había tenido. Necesitó atención médica desde los primeros días. Además, se encontraron con que el piso que habían alquilado tenía que desocuparse, así que vivieron en una dirección distinta a la prevista para estar cerca del hospital. Durante unos meses vivió sin ser ella, con Maribel atendiéndola día y noche en lo más básico. La tristeza no tardó mucho tiempo en llevársela y, con el padre de Maribel trabajando, tuvo que hacerse cargo de sus hermanos, pero no ingresaban lo suficiente y emigraron con su tío a Francia. Allí pasó el resto de su adolescencia, conoció a otro joven español emigrante y se casó con él. Tuvieron dos hijas. Años después se alojaron en un pueblo de Orense, de donde era natural su marido. En la actualidad, vivía allí con sus hijas. Aunque divorciada de él, visitaba Málaga al menos una vez

al año donde le quedaban algunos familiares lejanos con los que consiguió retomar el contacto.

—¿Y has vuelto a estar en Peñarrubia en todo este tiempo? —le preguntó Rafael.

—No, quería ir durante estos días, aunque tengo dudas, creo que cada día me duelen más las cosas del pasado.

—Vayamos ahora.

—¿Ahora? ¿No es muy precipitado?

—Así será mucho mejor.

Entonces se miraron. Él le acercó sus manos, que todavía olían a naturaleza, y ella acarició sus dedos rugosos. Lo miró y creyó ver en el fondo de sus ojos fluviales al joven que un día la besó. Sintió la tentación, pero no pudo con su razón. Decidió que se despediría de él, quizá quedaran alguna otra vez, pero dejaría la visita a Peñarrubia para su intimidad.

Quizá lo fácil, lo absurdamente fácil, habría sido subir en su coche, hacer cuarenta minutos de carretera, bajarse a orillas del pantano y, con la sierra a un lado y las aguas a otro, avanzar hasta un viejo olmo, destapar alguna vieja marca en el tronco y besarse bajo sus ramas. Eso sería lo fácil, lo romántico, el final perfecto de la historia, pero ha pasado mucho tiempo y el tiempo todo lo complica, todo lo envejece o lo sumerge. Así lo pensó Maribel; así lo lloró Rafael.

4. Lecciones

Navahermosilla (Córdoba), 20 de septiembre de 1962

Aquel autobús era mi pasaporte definitivo a la libertad. Al bajar de él y poner pie en tierra, se borraban definitivamente todos los problemas. Ya estaban superados, lo conseguí con esfuerzo y por insistencia, pero aquel último paso era el alivio definitivo. Tuve que enfrentarme a unos padres que se opusieron a mis estudios, renuncié a un amor que intentó pisotear mi futuro profesional y superé muchos intentos por detener mi vocación de maestra. Pero todo aquello era ya historia y nebulosa, mi verdad estaba allí delante saludándome en forma de pueblo desconocido.

Pisé firme y con ganas, aunque tenía el cuerpo helado. Caminé cargando con una enorme y pesada maleta desde la parada hasta la escuela, pero el esfuerzo no me hizo entrar en calor. Mis manos ateridas me transmitían una leve sensación de dolor que acompañaba a la angustia por aquel primer día de trabajo que estaba por llegar. Al bajar del

autobús, un hombre mayor me indicó cómo llegar. No había que caminar mucho, me hizo ir directamente al destaralado edificio frente a la iglesia que acogía a los escolares. Al aparecer en la plaza, un hombre regordete y con un espeso bigote corrió hacia mí mientras llamaba a un tal Tomás; le ordenó que se hiciera cargo de mi maleta. Se presentó como el alcalde. El muchachón que nos alcanzaba y transportó el equipaje resultó ser su hijo. Ni siquiera preguntó mi nombre, pero él ya sabía perfectamente quién era y me llamó «maestra».

—Es usted puntual, las niñas aún no han empezado a llegar. En unos veinte minutos dará su primera clase aquí —me dijo, al tiempo que me acompañó hasta la entrada de la escuela—. Su clase, la de las niñas, es la de aquí abajo a la derecha. En la planta de arriba está don Nicasio con los niños.

Justo al pronunciar aquel singular nombre, un pequeño hombrecillo calvo y con gafas de cristal grueso entró por la puerta hasta un recibidor de losas levantadas y paredes desconchadas.

—Nicasio, amigo, le presento a su nueva compañera, ella es... —titubeó.

—Aurora, Aurora Toledo, la nueva maestra —indiqué ante sus dudas.

Desde unos veinte centímetros más abajo, escuché una voz de saludo que me impresionó por su gravedad y alto volumen, algo totalmente desproporcionado para su menudo cuerpo.

—Aquí donde lo ve, Nicasio tiene a los niños derechos y callados como en una sección del ejército. Cuando llegó, supo atajar todos los problemas de disciplina. Es-

pero que usted también lo pueda hacer con las niñas, porque falta nos hace —apuntó. Mi semblante mostró un gesto entre el asentimiento y la duda.

Alguien llamó al alcalde desde el exterior y, sin más explicaciones ni detalles sobre mi labor allí, se despidió y salió. Yo me quedé frente a don Nicasio con la maleta a mis pies, tal y como la había dejado segundos antes Tomás.

—Creo que hoy comenzará con cerca de cuarenta niñas de edades bastante variadas, pero no se preocupe, los primeros días vienen todas, ya después... —Y dejó la frase sin terminar.

—¿Qué ocurre después? —pregunté.

—Después muchas dejan de venir —respondió.

Se marchó sin mediar más palabras. Don Nicasio subió las escaleras que quedaban a la derecha y yo me dirigí al aula de las niñas, cuya puerta se encontraba abierta. La imagen al entrar no pudo ser más decepcionante. Un encerado relativamente en buen estado, de un negro inmaculado, resaltaba sobre una clase de pupitres diversos, astillados muchos y de diferentes alturas. Había algunas sillas sin respaldo y el suelo no tenía solería. La pared dejaba ver con claridad humedades, y la temperatura era muy baja para ser aún el mes de octubre, lo que me congeló todavía más.

Aquella iba a ser mi aula para mi primer destino como maestra después de haber sacado la plaza en las oposiciones. Tuve suerte relativamente porque el lugar no estaba demasiado lejos de la capital, aunque al entrar en aquella habitación tan áspera y sombría toda la ilusión generada se desmoronó.

Llegaron las niñas, las clases comenzaron y las jornadas empezaron a fluir en la vieja escuela. Me sentía a gusto con mi labor, aunque las condiciones no eran las mejores

por las instalaciones, la falta de material y la diferencia de edad. Tuvimos que adecuar el aula entre todas, comprar material porque algunas niñas ni siquiera tenían cuaderno y dividí la clase en varios grupos para intentar organizar niveles y materias. Pero, además, algunos días tenía que llevar algo de desayuno a niñas que llegaban sin comer o conseguir zapatos para otras que se presentaban con el calzado roto. Así era la España rural de la época.

Entre las niñas, había algunas, incluso de las más mayores, que todavía no sabían leer ni escribir. Sin embargo, unas pocas destacaban en matemáticas, a algunas se les daba bien la escritura y otras decían que leían a menudo. Me llamó especialmente la atención una niña de vestidos deshilachados y de una talla más grande a la que le correspondía, zapatos gastados y unas ojeras que no enturbiaban unos llamativos ojos verdes bajo una melena castaña. Era algo callada en clase, pero trabajadora y de redacción sublime. Para alcanzar aquel dominio de la escritura tenía que haber leído mucho. A sus doce años, mostraba un gran dominio de la lengua castellana, pero tampoco era mala en matemáticas y ciencias. Su nombre era Elena. Me encargué de facilitarle algunos libros para que pudiera desarrollar sus cualidades a base de la lectura y así poder ampliar su vocabulario.

Todo parecía marchar bien, pero, como me había anunciado don Nicasio el día que llegué, poco a poco la asistencia a las clases empezó a mermar. Primero lo atribuí a la llegada del frío. Muchas de las niñas dejaron de venir, tanto que se redujo el grupo a menos de la mitad. Pero había algo que no me cuadraba y es que, en la clase de los niños, la asistencia seguía siendo prácticamente la misma que la de los primeros días. «¿A los niños no les afecta el frío y a las niñas sí?», me preguntaba una y otra vez.

Uno de aquellos días, a la salida del colegio, me encontré en la plaza al alcalde, que me preguntó por la marcha de las clases. Le informé de la drástica reducción del número de alumnas y le pregunté si había posibilidad de hacer algo para evitarlo.

—¿Hacer algo? Poco se puede hacer, es decisión de cada familia. Siguen mandando a los varones al colegio, salvo aquellos que tienen ya edad de trabajar, y las niñas se tienen que quedar en casa haciendo las tareas del hogar y cuidando de los hermanos más pequeños. Tenga en cuenta que estamos en temporada de aceituna. Los padres se van al campo y es la época de mayores ingresos para las familias de nuestros pueblos, no se puede desaprovechar. Así que dependen de estas niñas para que todo siga su curso, es ley de vida —relató el alcalde.

—Pero tengo niñas que son muy listas, que podrían estudiar una carrera. Si se les corta así en los estudios, no podrán pasar de ser amas de casa. ¿No puede usted hacer algo?

—¿Yo? No proponga imposibles. La vida en los pueblos es así, y a las niñas más mayores de cada familia les ha tocado siempre y les sigue tocando cuidar de su casa. Lo harán un tiempo y pronto seguro que les sale trabajo sirviendo en alguna casa de la ciudad, se marcharán de aquí y será la hermana menor la que asuma la responsabilidad. No hay más, yo bastante tengo con mis cosas. Un consejo que le doy es que se dedique a enseñar dentro de las cuatro paredes de la escuela y no se meta donde no tiene nada que decir.

Con un gesto de repugnancia, me despedí del alcalde y me fui. Después de pensar mucho durante las siguientes horas, decidí acercarme a visitar a algunas de aquellas niñas. La primera casa que visité estaba cerrada, una vecina

me dijo que la familia entera se había ido a un cortijo en el campo para la campaña de la aceituna. En la siguiente, la madre de Ángela me contó que la niña había estado cuidando de su abuela y que, como ya estaba recuperada, al día siguiente retomarí­a las clases. Cuando llegué a la casa de Elena, llamé golpeando una maltrecha puerta de madera, pero nadie contestó ni salió. Sin embargo, noté que la puerta estaba abierta. Tras unos segundos de espera, decidí asomarme a la casa para ver si había alguien, aunque también movida por mi espíritu curioso.

La casa tenía muy poca luz, pero al entrar pude entrever un pequeño salón, con sillas de enea, una mesa redonda y un brasero de picón donde solo quedaba ceniza. El suelo tenía baldosas color ladrillo despegadas en casi su totalidad, las paredes eran amarillentas, se respiraba pobreza y olía a ajo y candela. Me asomé a la minúscula cocina, también vacía, y, cuando me daba la vuelta para salir, percibí un detalle en uno de los rincones del salón. Había una pequeña mesita a modo de pupitre con un banquillo debajo. Sobre él, estaba el cuaderno de Elena y, ordenados por orden alfabético, algunos de los libros que le había prestado. Sobre la mesita también había unos folios escritos. Era la letra de Elena. Había varias redacciones que, tras haberle hecho las correcciones, ella había pasado a limpio. En otras hojas había comenzado a copiar *La Celestina*, libro que tenía bajo los folios. Los textos tenían una caligrafía y ortografía perfectas.

—¡Señorita Aurora! —exclamó una voz de niña desde la entrada de la casa. Era Elena, que llegaba en ese momento con un pequeño niño de la mano y cargaba un gran cesto repleto de ropa.

—Como lleva días sin venir a la escuela, me he acercado para ver qué le ocurre.

—No ocurre nada, pero mis padres y mis hermanos mayores están trabajando en el campo y yo me tengo que quedar con Antoñito y mi otra hermana chica, Carmen, que ahora está en casa de la vecina. Tengo que cuidar de ellos, ir a lavar al río, tender, limpiar, hacer la comida y todo lo que surja, así que es muy difícil que pueda ir a la escuela. He intentado hacer algunas cosas con los libros que tengo, como usted me dijo, pero es que no me da casi tiempo a nada.

—¿Y no te puedes escapar a la escuela ni un ratito? ¿Aunque te tengas que traer a tus hermanos?

—¡Uy, señorita, lo veo muy difícil! Es que además mi padre, como vea que falto en casa, se va a enfadar.

—Venga, creo que podrías intentar venir al menos un par de horas al día. Las niñas más grandes y yo cuidaremos de tus hermanos mientras tú te pones al día con las lecciones.

Terminó asintiendo. Quedamos en vernos al día siguiente en la escuela y dejé aquella casa atrás, aún impresionada por la humildad en la que vivían las familias del pueblo. Pese a ello, regresé a mi casa con fuerzas. Si mi trabajo era necesario en algún sitio, era aquel. Había que luchar por la educación de las niñas.

A la mañana siguiente, la clase había comenzado con diecisiete alumnas. Como me había anunciado su madre la tarde anterior, Ángela se había reincorporado, pero no había rastro de otras muchas ni de Elena. Sin embargo, a media mañana, Elena asomó por la puerta. Lo hizo con más ojeras que nunca, forzando la sonrisa y disculpándose por la hora. Entró con Antoñito de la mano. El niño lloraba. Le dije a una de las alumnas más mayores, Soledad, que jugara con él y así lo hizo. Terminé de explicar en la pizarra el problema que me tenía ocupada y, después, me puse con

Elena. Le corregí el trabajo que había hecho en casa y comencé a explicarle de forma rápida el inicio de la siguiente lección. Pero, cuando apenas llevaba veinte minutos en clase, un golpe brusco nos sorprendió a todas. A aquel estruendo le sucedió toda una tempestad de gritos.

—¡Ya está bien, Elena, a casa! La niña esta tiene que entender que, si se le manda quedarse en casa con sus hermanos, tiene que hacerlo. Para eso nosotros estamos deslomados, para sacarlos adelante —vociferó el hombre que parecía ser el padre de Elena mientras entraba como un energúmeno en el aula. Rompió la puerta del golpe que dio y me miró de soslayo.

Se acercó donde estaba su hija, la cogió por encima del vestido y se la llevó arrastrándola mientras seguía gritando.

—Y usted, maestrucha novata, debería saber que no tiene por qué meterse en la casa de nadie, y ni mucho menos andar decidiendo por las familias. ¡Espero que le quede claro! —Tanto el hombre como la niña y su hermano pequeño se perdieron por la puerta. Las otras alumnas asistieron boquiabiertas al espectáculo.

Mientras tanto, yo me había quedado petrificada. Fue todo tan rápido y tan violento que no tuve capacidad de reacción. Cuando visité la casa de la familia, en ningún momento me imaginé que aquello podía suceder. Me había movido mi ilusión por enseñar al mayor número de niñas posible y que ninguna alumna se quedara atrás. Sabía que debía haberle plantado cara al padre de Elena, que había salido por la puerta a rastras y con lágrimas en los ojos, pero yo, en lugar de haber intentado frenar aquello, me quedé como un pasmarote.

Al rato, entraron en clase don Nicasio y el alcalde, quienes se limitaron a recordarme que ya me habían avisado que no debía meterme en aquellos asuntos, que lo de aquella familia era algo normal en el pueblo. Sin embargo, no pude dejar de pensar durante todo el día en lo que había ocurrido.

Aquella tarde estuve fuera de mí, no me podía perdonar no haberme enfrentado a aquel hombre, pero mucho peor era pensar en el sufrimiento de Elena. Durante la noche no pegué ojo, así que a la mañana siguiente, antes de ir a la escuela, no pude evitar ir hasta su casa. Sabía que lo más probable era que Elena estuviera sola cuidando de sus hermanos, pero cuando llegué estaba todo cerrado a cal y canto, llamé y di varias vueltas, pero no había rastro de nadie de la familia.

—¿Es usted la maestra nueva? —me preguntó una mujer que asomaba la cabeza por una de las ventanas de la casa de enfrente de la calle.

—Sí, soy yo. ¿Por qué?

—Porque vaya ruina que ha traído a la familia de esa casa. Ayer por la mañana, Enrique dio una paliza a Elena, la más grande que yo nunca haya visto, que la niña hasta sangraba. Por la tarde, su mujer intentó enfrentarse a su marido y también la molió a palos. Hoy muy temprano se han ido todos para el campo, Elena madre e hija iban llenas de moratones; creo que ese bestia va a hacer que trabajen entre los olivos hasta los niños más chicos, no ha querido que nadie se quede en la casa.

—Pero yo... —musité.

—Sí, usted solo quería que la niña fuese a la escuela, pero hay hombres en cuyas familias no te puedes meter, que después pasa lo que pasa.

La mujer desapareció de la ventana y yo sentí que la libertad que gané comenzando a trabajar de maestra se había convertido en una tensa y pesada cadena que llevaría colgada durante mucho tiempo.

Sevilla, 30 de septiembre de 1993

Los cambios sociales y las clases en la universidad me habían hecho recuperar la ilusión perdida por la enseñanza. El esfuerzo para llegar a aquel puesto en el departamento de Teoría de la Literatura había sido titánico. Tuve que trabajar y, al mismo tiempo, tirar de una familia y sacar una carrera. Y todavía quedaba lo más complicado: ganar una plaza en un entorno totalmente masculino. Pero allí estaba, dando clases en un aula con cerca de un centenar de alumnos, con mayoría de hombres, pero con una importante presencia de mujeres. Fue en el primer día de mi segundo año allí cuando la vi. Primero me llamó la atención porque no era una joven recién salida del instituto como el resto, sino una mujer de unos cuarenta y tantos años. La reconocí por sus ojos verdes que me gritaron como diciendo que los había visto antes. El paso de los años se notaba en su rostro, pero sus ojeras se habían tornado en leve sonrisa. Tenía una luz de la que carecía cuando la conocí en su niñez. Antes de comenzar a hablar ante un auditorio que parecía expectante, miré la lista de matriculados y, efectivamente, encontré su nombre: Elena Muñoz Regueira.

Al finalizar la clase y al pasar delante de mí, se me quedó mirando y yo la detuve. La recordaba como ella también me recordaba a mí y no pude evitar abrazarla. Elena era una mujer muy distinta de la niña a la que conocí. Se casó con dieciséis años, tuvo hijos muy pronto y con estos ya mayores pudo volver a estudiar. Cumplió su sueño de llegar a la universidad. Me enseñó sus apuntes. Seguía manteniendo su buena caligrafía, pero lo mejor fue que a la mañana siguiente me trajo un libro, el ejemplar de *La Celestina* amarillento y estropeado que yo le había prestado décadas antes en el colegio del pueblo.

Elena atendía en clase, tomaba apuntes y no dudaba en preguntar. Además, la veía por los pasillos encabezar algunos grupos con chicas más jóvenes que buscaban su compañía. Sin embargo, después de las vacaciones de Navidad, Elena dejó de venir.

Tras días sin tener noticias de ella, busqué su ficha de alumna para hacerme con su número de teléfono y la llamé. Lo cogió ella directamente.

—Elena, soy la profesora Aurora. Te llamo porque he notado que llevas días sin venir a clase, ¿te pasa algo? ¿Necesitas ayuda?

—Profesora... —titubeó brevemente, para continuar con voz entrecortada—. Lo que me pasa es que creo que no podré ir más a clase. Mi padre, que vivía solo, se ha puesto enfermo. Ya no puede ni caminar y lo hemos traído a casa. Tengo que cuidar de él, necesita asistencia las veinticuatro horas.

—¿Pero no tenías más hermanos? ¿No puede recibir asistencia de otro tipo? —pregunté.

—Ya sabe usted cómo son las cosas. Al final, las únicas que están para la familia son las mujeres, mis hermanos

varones solo vienen pequeños ratitos y mi hermana pequeña se casó y se fue a vivir al extranjero. No podemos contar con ella. Y ya sabe... Mi padre nunca me pone las cosas fáciles, sigue siendo de carácter difícil.

Colgué el teléfono desolada. Aquella noche la pasé sin dormir como me ocurriera muchos años antes siendo maestra en el pueblo. Volví a rememorar la imagen de aquel hombre furioso y desencajado rompiendo la puerta de la clase, arrastrando a Elena hacia la calle e incluso oí sus gritos en la noche. No me lo podía imaginar desvalido y dependiente. En su día había puesto todos los impedimentos posibles para que Elena pudiera ir a la escuela. Incluso después de volver de la campaña del olivar, Elena ya no pudo volver a la escuela. Intenté pasarle algunos libros, cuartillas con deberes, lecciones escondidas en la compra, pero no sirvió de mucho. Elena solo pudo superar las barreras impuestas por su familia muchos años después, cuando ya era una mujer casada con sus hijos criados.

En aquel 1993 ya no daba clases en una escuela desvencijada y roñosa a niñas que solo aspiraban a leer y a escribir o a adquirir los conocimientos mínimos para defenderse en la vida. Había luchado mucho para que el sistema cambiara e incluso había seguido estudiando y esforzándome para llegar a la universidad, impulsando iniciativas para que más mujeres estuvieran allí. Pero Elena me hizo ver aquella mañana que la lucha no había hecho más que empezar: la historia de la igualdad aún estaba por escribirse en casi su totalidad.

Durante aquellos años, un grupo de profesoras comenzamos a reunirnos para impulsar medidas hacia la igualdad de oportunidades. Hoy somos muchas más y me mantengo con ellas, aunque ya esté jubilada. Aún nos reunimos de vez en cuando en la universidad, días en los

que no puedo evitar acordarme de Elena cuando paso por la que fue su aula y veo su pupitre ocupado por otra chica. También recuerdo aquel primer viaje en un ruidoso autobús hasta el pueblo donde empezaría mi labor docente. Esta profesión me dio y me quitó ilusiones, pero sobre todo hizo crecer en mí los deseos de un cambio que aleje a las mujeres de este país de los papeles de Melibea y Celestina.

5. Una flor en el camino

Archidona (Málaga), 4 de noviembre de 1941

No era por el color del cielo ni por los aromas, pero aquella noche tenía algo diferente, solo era cuestión de esperar. Camilo no subió desde la era con la única compañía de un asno con las alforjas cargadas. Esta vez, a la leña se sumaba una niña de unos cinco o seis años. Llegó sucia, con el pelo enmarañado y un vestido de tela gruesa color marrón. Hacía un buen rato que las últimas luces se habían ocultado, pero se pudo ver su mirada brillando con un fondo tan triste como la muñeca que colgaba de su mano derecha.

—Esa niña... ¿De qué me suena esa niña?

—Yo te lo digo. La hija del que se nos escapó aquella mañana... El que se perdió entre los olivos. Ha pasado tiempo, pero no me olvido.

—Entonces es la hija de la María, la que está en el calabozo de las mujeres.

—Exacto.

—¿Y qué hace aquí?

—¡A saber!

Camilo se detuvo en la puerta del cuartelillo justo delante de los dos guardias.

—Aquí, la niña... Que se ha empeñado en que tenéis encerrada a su madre y ha venido a verla —dijo el recién llegado mientras cogía a la niña a pulso para bajarla del asno.

Los guardias se miraron entre ellos. Nadie debía saber que la madre de la niña estaba encerrada, cosas del jefe, aunque ahora que había un juez nuevo, las cosas podrían cambiar.

—De ser así, las visitas no se permiten. Como no quieras hablar con el juez...

—Yo no tengo que hablar con nadie, ya he hecho bastante con recoger a la criatura, que andurreaba sola por la carretera. Dice que ha salido esta mañana de su casa en el pueblo. Hasta aquí hay un buen trecho para una niña tan chica, dice que escuchó a unas mujeres hablar de su madre. Por eso ha venido.

El hombre dejó a la niña sobre el suelo terrizo, recompuso las alforjas y se dispuso a seguir la marcha.

—Pues nada, nos dejas el paquete y te desentienes de él —dijo uno de los guardias.

—Que no es mi hija, yo solo he evitado males mayores. ¡Anda que ocurrírsele venir andando no menos de quince kilómetros! —Comenzó a alejarse calle arriba.

—No te muevas de aquí hasta que yo vuelva —espetó uno de los guardias a la niña. Le señaló una silla que había a la entrada del cuartelillo y se perdió por el corredor.

Aquellas últimas palabras, aquel «no te muevas de aquí hasta que yo vuelva» atronó en el interior de la niña por un recuerdo doloroso. Tenía frío y hambre, pero solo pensaba en una cosa, que la conversación que había escuchado

aquella misma mañana en su pueblo fuese verdad. «¡Pobre María! Lleva ya seis meses en la cárcel de Archidona, ¿cuándo la irán a soltar?». Hasta ese momento, ella pensaba que nunca volvería a verla, como ocurrió con su padre.

—Niña, ¿y tú cómo te llamas?

—Consuelito —pronunció con una voz alta y clara, de niña de más edad.

—¿Quieres un poco de pan? ¿Tienes sed?

—Quiero ver a mi mamá.

—No sé si vas a poder ver a tu madre.

—Pero sé que la tenéis aquí encerrada.

—Aquí, aquí exactamente no, pero en donde está no entran niños.

—Pero yo quiero ir donde está mi mamá. ¿Me puede decir dónde está?

—De eso ya se está encargando mi compañero.

El otro guardia apenas tardó en regresar del juzgado.

—El juez ya no está. Tampoco sé lo que hacer con la niña. Creo que lo más sencillo es llevarla con la madre, no creo que pase nada. O, de lo contrario, ¿qué hacemos con la criatura? ¡No se va a quedar aquí toda la noche!

—Pues venga, al calabozo de las mujeres a pasar la noche. Que venga la Trini a por ella.

La Trini, una de las dos operarias que se encargaban del control de aquel lugar sombrío, se acercó al cuartelillo.

—¿Qué hace aquí esta niña?

—Es la hija de la de Algaidas, la María de Lozano. Se ha plantado aquí esta noche, oyó a alguien decir que su madre estaba encerrada y ha venido andando desde el pueblo.

—¿Y qué hacemos con ella? ¿Lo sabe el juez?

—Ya no está trabajando y no vamos a molestarlo por una niña. Que duerma con su madre y ya mañana a primera hora se verá.

—A ver si nos vamos a arrepentir de esto.

A dos calles de distancia, un hombre menudo colgó la chaqueta en el interior del armario de su habitación. Todavía se notaba el frío y la soledad en aquella casa que había estado mucho tiempo deshabitada. Cuando le hablaron de ella, prefirió no preguntar a quién perteneció. La visitó, comprobó que la estructura estaba bien, que era amplia, cómoda, y se instaló. Ahora vivía allí solo, aunque una mujer del pueblo limpiaba y cocinaba a diario. Trataba de hablar todos los días con la ciudad, aunque la comunicación no siempre funcionaba. Se había separado unas semanas de su esposa mientras él comprobaba que aquel podía ser un buen destino definitivo. La echaba de menos, aunque también tenía una leve sensación liberadora. No la podía abrazar cada noche, pero tampoco oía cada dos por tres sus suspiros de lamento.

«Tendrías que hacerte con una radio, al menos algo de compañía te haría». Solo, en el comedor, frente a la sopa templada, recordaba las últimas conversaciones con su mujer. En las charlas telefónicas, además de interesarse por el día a día, se habían intentado hacer sonreír el uno al otro, aunque la calidad del sonido no fuese buena. Sin embargo, prefería quedarse con esa voz acaramelada que sonaba lejos que recordar algunos de los tiempos en los que estuvieron cara a cara. Sí, porque aunque parecía que lo habían superado, pensar en ello dolía, pensar en la mirada de ella cada vez que salían de la consulta, en las lágrimas a punto de saltar al vacío, en sus manos sobre un vientre vacío, le llevaban a retroceder pellizcando fuerte su

estómago. Pero tuvieron que aceptarlo. O lo aceptó él porque ella, sabedora de que nunca sentiría otra vida en su interior, lo entendió, pero todavía no lo había aceptado.

Dejó el plato vacío sobre el fregadero. Sin nada que hacer, agotó el cigarro y echó el último trago de aguardiente. Se levantó y se fue con la lámpara de aceite hasta el dormitorio. Al entrar, lo sintió congelado. En ropa interior, sentado en la cama, recitó interiormente una oración breve y volvió a pensar en ella. Esta vez no la imaginó sonriendo. Deseó tener mucho trabajo al día siguiente y se acostó, aunque tardaría en conciliar el sueño.

La niña agradeció perder de vista a los guardias civiles. Todavía sentía pánico al verlos. Dos como ellos se habían llevado a su madre hacía meses sin decir una palabra. Ella misma les había abierto la puerta y no recibió explicaciones. Se limitó a ver el delgado y alto cuerpo desaparecer entre las dos capas verdes y los tricornos. Ahora, ellos la habían llevado hasta aquel lugar y, de la mano de una operaria, detenida en mitad de un corredor, vio que una pesada puerta metálica se abría, y todas las reclusas, desde sus camastros, miraron hacia ella. Una de las mujeres se levantó y gritó sin medida. «¡Mi niña, mi niña, qué te han hecho, mi niña!». La niña estaba bien, lo comprobó en cuanto la envolvió entre sus brazos. «Mi niña, mi niña, ¿qué haces aquí? ¡Mi niña! ¿Te han hecho daño? Mi niña». La pequeña negó mientras la operaria le contaba que se había presentado allí sola, que al parecer había llegado caminando desde el pueblo. La otra operaria entró con una jofaina y un plato con un poco de pan y una patata cocida. Al retirarse las centinelas, todas las mujeres rodearon a la niña y a su madre.

—Pero qué guapa es tu niña, María —dijo una de las detenidas.

—¿Esta es la niña Consuelito de la que tanto nos has hablado? —preguntó otra—. Con lo pequeña que es y lo lista que ha resultado para plantarse aquí desde tan lejos.

María la mantuvo abrazada mientras otra mujer le lavó la cara. Cuando ya estaba limpia, le dio de comer un poco de patata. Al terminar, la madre y la hija volvieron a abrazarse, la pequeña se hizo un ovillo para acostarse en el pequeño camastro entre el cuerpo de María. Se susurraron unas pocas palabras, notaban en sus costados los bultos de aquel jergón relleno de panochas, pero el calor corporal y, sobre todo, el amor las hizo volar. Pronto cerraron los ojos y durmieron como hacía meses que no dormían, con una sonrisa en los labios.

Todavía no había conseguido en el pueblo un café como el que tomaba en la ciudad. Eso y el frío le ponían de mal humor al comenzar el día. Al menos, disponía de un brasero para el despacho, y aquella mañana ya estaba caldeado. Entró y se sentó con desgana, aunque pronto el secretario llegó. Tuvo que encararlo con seriedad y aparentó serenidad y oficio.

—Tenemos los casos de los que hablamos ayer y durante la noche ha entrado una novedad. La niña de una de las reclusas llegó buscando a su madre, no sé si va a querer tomarle declaración.

—¿Una niña?

—De seis años.

—¿Qué declaración le voy a tomar a una niña tan chica? ¿Dónde está?

—Me dicen los guardias que ha pasado la noche con su madre en la celda de las mujeres.

—¿Una niña de seis años encerrada? ¿Por qué no la mandaron a su casa?

—Al parecer llegó tarde y la familia vive en Villanueva de Algaidas. No sabían qué hacer con ella.

—Deme el informe de la madre.

El secretario dejó el expediente sobre la mesa, el juez lo abrió y comenzó a leerlo. Un marido y un hijo desaparecidos, acusados de rebeldía, gentes de campo. Ella acumulaba ya seis meses detenida, en total son seis hijos.

—¿Y cómo dice que ha llegado la niña hasta aquí? —preguntó al secretario levantando la voz.

—Andando, dicen los guardias que llegó entrada la noche. Venía andando, aunque en la subida al pueblo la montaron en un burro.

—¡Santo cielo! Tráigala, a ver lo que hacemos con ella.

Todas las encarceladas se arremolinaban aquella mañana en torno a las conversaciones entre la madre y la hija. Había alegría por escuchar una voz diferente, pequeña, pero firme, más madura de lo que se podría pensar por su edad. Pero, en medio de tantas sonrisas, el portón se volvió a abrir.

—¡María! Tenemos que llevarnos a la niña, el juez ha mandado que la llevemos ante él. No nos queda otra. No sé si volverá.

A María se le cambió el semblante.

—¿Pero qué van a hacer con mi niña? Dejadme ir con ella. —Miró a los agentes, pero no le respondieron.

La madre y la niña lloraron. Las lágrimas también brotaron de los ojos de muchas de aquellas mujeres, que incluso mostraron resistencia a que las centinelas las separasen. Dos guardias civiles se asomaron al calabozo, lo que redujo la tensión en el ambiente y permitió que las

operarias salieran con la niña de la mano seguidas por la madre, que tuvo que detenerse ante la puerta. En ese momento, la niña cogió su muñeca, entregada por otra de las reclusas.

—No te preocupes, mamá, yo voy a convencer a ese señor para que nos deje irnos juntas a casa.

María se quedó desolada, de rodillas frente al portón, que se cerró con firmeza. Consuelito fue con los civiles hasta la parte alta del edificio.

—No te muevas de aquí hasta que yo vuelva —le dijo uno de los guardias mientras a la pequeña se le volvía a helar el cuerpo en la sala de espera.

No sabía cómo interrogar a una niña, en qué tono hablarle o qué preguntas hacerle. Cuando entró en el despacho, sintió lástima por la sensación de indefensión que advirtió en su rostro. No obstante, en su mirada triste leyó un gesto de mujer parecido al que en los momentos difíciles mostraba su propia esposa, un cuarto de siglo mayor. No quería pensar más y, empleando un tono moderado, comenzó a preguntar.

—A ver, dime tu nombre.

—Todos me llaman Consuelito.

—¿Te han tratado bien aquí?

—Sí, me han dejado estar con mi mamá. ¿Puede volver a casa conmigo?

El juez esbozó una sonrisa, pero no contestó. La niña sí respondió a cada pregunta. Algunas contestaciones fueron escuetas, otras necesitaban respuestas más amplias. Mientras, el magistrado constató que la niña era consciente de cada afirmación que realizaba.

—¿Y tu hermano Francisco? ¿Dónde está? ¿Qué sabes de él?

—Hace ya mucho que no viene por mi casa. Nunca hablan de él.

—¿Y tu padre?

—Yo ni me acuerdo. Dicen que se escapó cuando yo solo era una bebé. Mi hermana Mari me contó que vinieron a detenerlo. Estaban en el cobertizo, mi padre la hundió a ella en el montón de trigo y le dijo: «No te muevas de aquí hasta que yo vuelva». Y echó a correr hacia los olivos. Esa fue la última vez que lo vieron. Después llegaron a mi casa diciendo que nos iban a matar a todos; y yo, que tenía siete meses, me caí al suelo por el susto que se llevó mi madre, que me tenía en brazos. Todavía tengo aquí la cicatriz —explicó señalándose una ceja.

Ya le había contado antes lo de la conversación entre las mujeres en la que se enteró de que su madre estaba encerrada, el largo camino hasta llegar allí y los pormenores de la vida junto a sus hermanos sin adultos que se hicieran cargo de ellos. El juez no daba crédito a la entereza con la que una niña de su edad contaba aquellas cosas.

De repente, empezaron a llegar imágenes a la mente del juez. Aquella niña con un buen vestido, con el pelo recogido, limpia y perfumada, esperándolo junto a su mujer al volver del trabajo, leyendo y llenando de calor su fría y solitaria casa. Suspiró y llamó al guardia para que se llevara a la niña.

—Señor, ¿qué hago con la cría?

—Espere con ella un momento, redactaré el informe y enseguida le doy orden. Bueno... enseguida... Tengo que ver cómo lo soluciono.

En la sala contigua, a la niña volvieron a hacerle temblar unas palabras: «No te muevas de aquí hasta que yo vuelva».

María avanzó hasta una de las salas del juzgado con un guardia delante y otro detrás. Todavía no se creía lo que iba a ocurrirle. Al entrar en la dependencia, su hija corrió para abrazarla. De nuevo aparecieron las lágrimas, pero eran de alegría. Firmó el documento que ordenaba su salida. Cogió a Consuelito de la mano, que a su vez agarraba y arrastraba a su muñeca. En la puerta del edificio, la abrazó tan fuerte que no hubo que pronunciar palabras para decir que nunca más se separarían.

Desde la ventana de su despacho, el juez pudo ver a la madre y a la hija saliendo y avanzando calle abajo. Sobre su escritorio reposaba un folio mecanografiado a medias muy diferente al que María había firmado. Volvió a imaginar la escena de la niña en su casa, pero con mirada triste e infeliz. Ahora, madre e hija se alejaban, sucias y mal vestidas, pero adornadas por sus sonrisas pese a los quince kilómetros que tenían por delante para llegar a casa, esta vez juntas. El juez ya no estaba de mal humor, aunque decidió que jamás le contaría esta historia a su mujer.

Benalmádena (Málaga), 5 de diciembre de 2017

La escritora se sostiene temblorosa posando su mano en una torre de libros. En la pequeña librería, una docena de personas esperan de pie sus palabras. A su lado, están su nieto y la directora de la editorial. Siente emoción, nunca se ha formado para algo así y recurre a hablar como únicamente sabe, con naturalidad. Empieza dando las gracias para terminar haciendo una reflexión.

—Esto no es ficción, no es un libro inventado, es la realidad tal y como fue y tal como yo la viví. Tuvimos que

desenvolvernos como pudimos o como pudieron, porque yo era una niña. Es importante que se sepa todo lo que pasamos para que no estropeemos lo que tenemos, que hoy en día tenemos mucho.

Todavía no habían terminado los aplausos, pero tuvo que sentarse. Tomó un sorbo de agua y vio que aquellos familiares y amigos querían una dedicatoria en el libro que acababan de comprar. Le había costado mucho transformar todos los recuerdos que llevaba consigo en palabras escritas. Eran muchas situaciones diferentes, historias de superación en muchos lugares, desgarradoras e incluso trágicas. La falta de formación fue un hándicap al escribir, pero sobre todo por los momentos duros que había que describir y por las personas queridas que ya no estaban y que había que recuperar.

Aquella tarde flotó entre las sonrisas, sintió la ilusión de una niña y tuvo siempre presente que, al terminar el acto, volvería a casa, a una casa con todas las comodidades. Cuando se apagaron las luces y salió por la puerta de aquel establecimiento, miró el escaparate una vez más. Allí seguía posado el libro de Consuelo Lozano, narrado por ella misma y protagonizado por su madre. Aquella noche dormiría en la gloria, como aquella vieja noche en la cárcel.

Notas finales

De ser cantautor, este quizá podría ser un volumen de grandes éxitos. Como solo soy alguien que se pone a escribir, este libro quizá sea el de los grandes silencios. Algunos de los relatos aquí expuestos llevaban bastantes años durmiendo en un disco duro. Otros son más recientes, pero esperaban su oportunidad. Los cinco llegaron sin suerte a concursos de relatos, excepto uno, «Lecciones», que sí que ganó (Alma de mujer, 2019), pero nunca se publicó. Un día, pensando en el bagaje de lo escrito y repasando textos, me sorprendí con las características tan comunes que tenían algunos textos escritos en épocas tan diferentes. De hecho, era fácil trazar un eje común, quizá nacieron para estar conectados por alguna fuerza, la fuerza de las historias.

Por un lado, comparten las situaciones que afrontan sus protagonistas. Son conflictos impulsados por la realidad social de su época y protagonizados por seres afectados por el temor a lo que tienen por delante. En todos, además, la resolución llega a través de la prolepsis, es decir,

ese recurso literario que consiste en dar un salto adelante en el tiempo. Con este juego busco que el lector ponga de su parte e imagine parte de la historia; existen muchos ingredientes para poder hacerlo.

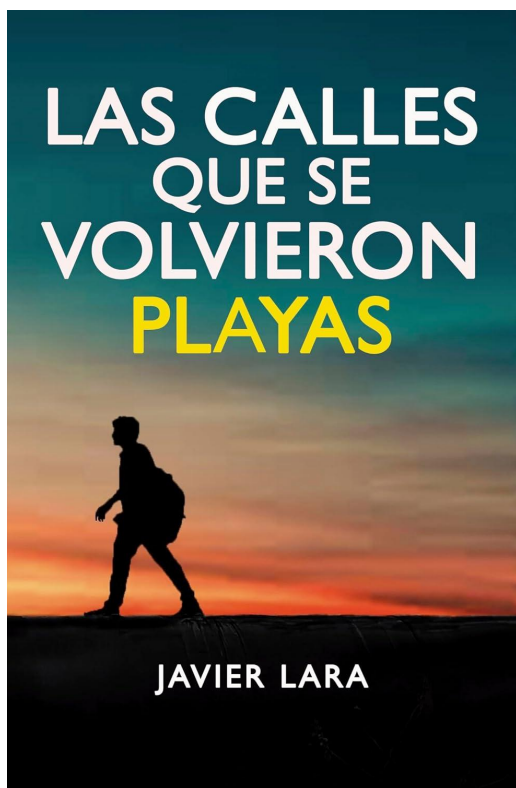
Pero si hay otro elemento en común y más importante es que todos parten de un hecho real. Las historias que cuento me las he encontrado en la búsqueda de reportajes periodísticos o en investigaciones dentro de mi formación literaria.

En «La fuga», la chispa fue la escritura de Carmen de Burgos y el relato centrado en la guerra de Melilla, que encontré buceando en el archivo de la Biblioteca Nacional. En «Adelante», apenas aportó nada de mi imaginación y me baso en juntar datos de emigrantes con los que hablé al realizar un documental. «Hidrocidio» se sitúa en la realidad que vivieron los vecinos de Peñarrubia, que tuvieron que abandonar su pueblo ante la construcción de un embalse. Por su cercanía a mi ciudad, a ellos les he dedicado bastantes reportajes en prensa escrita y radio. «Una flor en el camino» se basa en la historia de una mujer llamada Sec-tiva Lozano que, tras una infancia llena de penurias, terminó publicando un libro en su vejez. Con ella coincidí en una época en la que me encargué del trabajo de comunicación en una editorial. El único relato que es pura ficción es «Lecciones», influido por la lectura que hice algo antes de *Historia de una maestra*, de Josefina Aldecoa.

Creo que las situaciones que aquí recojo y el temor de sus personajes son parte habitual de las historias que se vivieron en España durante el siglo XX, aunque yo solo las uso con un enfoque literario. Agradezco a todas las personas que han aportado su testimonio para que pudiera escribir *La balada del temor*, texto que creo que demuestra que las mejores historias parten de la vida misma.

Gracias por leer este libro. No olvides dejar tu valoración y comentario en Amazon para ayudarme a mejorar como escritor.

Atrévete con las novelas de la serie
Orillas y caminos.



Un viaje por el Cantábrico que se convierte en un viaje hacia uno mismo. Minerva y Alberto buscarán alcanzar el final de un camino inesperado.

JAVIER LARA

AHORA QUE TE ENCUENTRO



¿Resisten las emociones al paso del tiempo? Tomás se reencuentra con su primer amor y vuelve al lugar del que no debió huir.

Búscalos en [Amazon](#)

Sobre el autor

Si deseas enviar alguna sugerencia, pregunta o comentario de forma directa a Javier Lara, puedes hacerlo al siguiente correo electrónico:

info@javilara.com

También puedes seguirlo a través de sus redes sociales.

<https://twitter.com/josejavilara>

<https://www.instagram.com/josejavilara/>

<https://www.facebook.com/javierlaralibros>

<https://www.linkedin.com/in/javier-lara/>

Dispones de contenido complementario en su web:

www.javilara.com

